DEBAJO DE LAS ESTRELLAS

OCTAVIO ESCOBAR GIRALDO

CUENTOS



FONDO EDITORIAL UNIVERSIDAD EAFIT

DEBAJO DE LAS ESTRELLAS

OCTAVIO ESCOBAR GIRALDO

CUENTOS



FONDO EDITORIAL UNIVERSIDAD EAFIT

DEBAJO DE LAS ESTRELLAS

2

OCTAVIO ESCOBAR GIRALDO

OCTAVIO ESCOBAR GIRALDO

CUENTOS



Escobar Giraldo, Octavio, 1962-
Cuentos/Octavio Escobar Giraldo -- Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit, 2015.
112 p.; 21 cm -- (Debajo de las estrellas)
ISBN 978-958-720-298-4
1. Cuento colombiano. I. Tít. II. Serie

C863 cd 21 ed.
E746
Universidad Eafit – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Octavio Escobar Giraldo
Cuentos

Colección Debajo de las estrellas
a cargo de Juan Diego Mejía

Primera edición: septiembre de 2015

Carrera 48A No.10 Sur-107
Tel. 261 95 23, Medellín
www.eafit.edu.co/fondoeditorial
e-mail: fonedit@eafit.edu.co
ePub por Hipertexto / www.hipertexto.com.co

ISBN: 978-958-720-298-4

Editado en Medellín, Colombia

Contenido

CON SANDRA EN EL□HIP

—¡Llegó Sandra! –grita Esteban sin ocultar su alegría, y yo sé que el día está arruinado. ¿Por qué hoy? ¿Por qué precisamente el día que vamos a EL□HIP?

Está en la sala, mirándolo todo, comparando la casa de hoy con la de hace dos meses. Ya vio el mueble-bar que compró mamá y las cortinas nuevas. De las cortinas no dirá nada, pero del mueble-bar...

—Hola –le digo.

Levanta la mano y al reloj que le regaló papá en su fiesta de quince lo rodea un sinfín de pulseras y manillas.

—¿Y El Veterano? –me pregunta cuando bajo la escalera.

—Fue con mamá a tanquear el carro. ¿Y El Armatoste? –paso a la ofensiva.

—Está en una misión en el nevado del Cocuy.

Sandra llama "misión" a que "su hombre" se vaya de paseo con otros enmorralados y eviten que un campesino muerto de hambre cultive unos metros cuadrados más de papa o de cualquier otra cosa.

—Estás linda.

Si mamá estuviera tendría que decir "gracias", pero por ahora puedo darme el lujo de responderle con una mueca.

—Pero te está saliendo barriga –me dice con absoluta mala intención.

—¿Te parece? –Levanto mi camiseta. El abdomen perfecto.

—Sí, me parece.

—Yo también tengo barriguita –se arriesga Esteban a interrumpir la conversación entre sus dos hermanas mayores. Tiene ese masa atroz que los niños de seis años exhiben a diestra y siniestra.

—¿Quieres? –lo tienta con un turrón de ajonjolí; des-

pués lo convencerá de que el apio, la lechuga y las espinacas son los mayores manjares. Esteban cae. ¿Van de paseo?

—No. Vamos a EL□HIP.

Se resiste a preguntar qué es EL□HIP. Tiene el pelo corto, casi rapado, y su camisa de lino con botones de madera combina perfecto con una falda hindú que, tengo que reconocerlo, es muy bonita. Lo demás es lo obvio: sandalias, un piercing en la ceja izquierda y la infaltable mochila arhuaca.

—¿Qué es EL□HIP? –Sus ojos azul ozono (no sé si el ozono es azul pero la he oído hablar tanto de él), desdeñan mi triunfo.

—Es un tanque enorme que pusieron en el zoológico, lleno de hipopótamos, hipopótamas e hipopotamitos.

—Las dos sabemos que por fortuna aquí no hay zoológico, Laura Antonia.

Odio mi nombre completo. Sabe que en dos años y medio, cuando cumpla los dieciocho, voy a anular el Antonia de mi abuela materna sin ningún remordimiento. Estoy por lanzarle todas las maldiciones y groserías del mundo, pero la puerta se abre y entra papá. Está divino: pantalón de pana, camisa blanca, chaleco a cuadros, cachucha; le preocupa su calva.

—Hola, Miranda.

¡Marica! Le dijo Miranda. Él es el único que se atreve a usar el segundo nombre de Sandra Miranda, ni yo me arriesgo. Cuenta la leyenda que en tiempos inmemoriales papá era un gran lector, sobre todo de Shakespeare, y vivía enamorado de uno de los personajes de *La tempestad*, Miranda, la hija del rey. La misma leyenda dice que en el momento del bautizo de la primogénita, mi mamá se compadeció de la niña y le agregó el primer nombre que se le vino a la cabeza.

—Hola, papá. –Se acerca y le da un beso en la mejilla–. ¿Y mamá?

—En el carro; estamos de salida. ¿Nos acompañas?

—¿A dónde van?

—A mercar y a comprar unas cosas para la casa.

—Vamos a EL□HIP –Arrastra Esteban su chaqueta roja. Trae en la otra mano el volante en forma de hipopótamo que repartieron en su

colegio para hacerle publicidad al hipermercado que inauguran hoy junto con el Megacentro Babilonia.

Sandra lo mira y su piercing sube desaprobatorio.

—No sé si valga la pena.

—No creo que te haga daño –insiste papá–. Hace mucho que no compartes tu tiempo con nosotros. Además, no conoces el carro nuevo.

Sandra se mueve unos pasos y ve la Toyota verde oliva, último modelo, desde la que saluda mamá con una mano. Otra leyenda familiar dice que papá compró el primer carro, seguramente un Renault de los baratos, por allá en la prehistoria, y Sandra durmió tres días en el asiento trasero, abrazada al osito de peluche y a una cobija. Su fascinación por los vehículos impulsados por la combustión de recursos naturales no renovables es un rasgo infantil del que abomina hoy con dificultades que detecta cualquier buen observador.

—Es linda –se fuerza a resumir. Le ayuda con la chaqueta a Esteban, coge su mano y juntos suben a la parte trasera de la Toyota, donde yo tendré que acompañarlos. Mamá se vuelve para abrazarla y besarla. El tono castaño claro que luce en su pelo desde hace unas semanas la hace ver más joven, más dinámica, y el spinning está reafirmando sus carnes, llenándola de energía.

—Vamos a EL□HIP –reitera Esteban con voz de niño mimado y mamá lo acaricia mientras papá se ajusta el cinturón de seguridad. Sandra toma unos segundos el hipopótamo de papel amarillo y busca aprobación para su indignado gesto. Miro al frente, al futuro.

—Bienvenidos a la audiencia de Gómez y Gómez, siento mucho punto y coma, a go-go superestéreo. Aquí su discjockey Sergio, listo para complacerlos.

Cada que Sandra aparece, papá se esfuerza al máximo, se desdobla, en su intento de volvernos a un pasado de unidad y armonía. Mientras salimos del barrio para tomar la circunvalar, anuncia los discos compactos que tiene en la guantera. Por la forma en que lo hace, entendemos que quiere poner música clásica, *El sueño de una noche de verano*, otro vestigio de su adolescencia shakespereana. Es la elección que acostumbra cuando quiere generar un clima de reconciliación y alegría. Confía demasiado en el tal Mendelssohn.

El único que protesta es Esteban: desde hace dos semanas repite y repite las canciones de *La sirenita*, pero una de las frases mágicas de mamá lo condena a una resignación con pucheros pero sin llanto.

—Mi amor, ¿cómo está Billy?

—De turismo por Colombia –me adelanto a la respuesta de Sandra.

—Bien, mamá –responde ignorándome por completo–. Está en el Cocuy, haciendo un documental con unos ecologistas alemanes.

—Qué bueno –procura alegrarse papá–: hace lo que le gusta y se gana unos pesos.

—No lo hace por el dinero. –La impaciencia aflora en su voz y yo siento que volveré a escuchar un diálogo que he oído un millón quinientas cincuenta y siete mil doscientas treinta y tres veces.

—Claro, hija. Eso es admirable. –Sus compañeros de oficina se partirían de la risa si lo escucharan.

—¿Cuánto te costó este carro, Sergio?

Papá busca la respuesta adecuada. Está acostumbrado a que Sandra lo llame por su nombre, pero siempre tiene dificultades para justificar algunos de nuestros gastos. En mi opinión es muy tonto que lo haga.

—Lo que importa no es lo que costó, ¿no te parece?, es el servicio que nos va a prestar.

—Quema mucha gasolina –sentencia Sandra. La significación correcta de su frase es: "Estás contaminando, papá. Estás destruyendo la capa de ozono. Estas arruinando el futuro de tus hijos, de tus nietos y de todo el planeta".

—Podemos pagarlo, Miranda.

—La dirección es de una suavidad impresionante, mi amor –interviene mamá ante el semáforo en rojo. Casi simultáneamente suena la marcha nupcial de Mendelssohn. Papá mira a Sandra y el sentimiento de culpa la va hundiendo en el asiento. Él le sonríe con tristeza y pone la banda sonora de *La sirenita*.

Entramos, por fin, al Megacentro Babilonia. La larga espera no consiguió matar las expectativas que generó una campaña publicitaria de más de tres meses. Bajamos de la Toyota y contemplamos los jardines y las fuentes, la comodidad de los parqueaderos: a primera vista cumplen con las promesas que hicieron. El sendero que tomamos

nos lleva a un portal en el que dos payasos entregan hipopótamos de colores inflados con helio. En sus barrigas dice EL□HIP. Esteban recibe el suyo. En un corredor conviven varios almacenes que venden ropa de grandes modistos. Mamá se emboba frente a un vestido que debe ser de Armani –cuando vemos la entrega de los Oscares siempre alaba a las actrices que llevan ropa de Armani–, y yo me fijo en unos zapatos que hay en otra vitrina. Sandra y papá se quedan en el centro del corredor, como perdidos, y después de unos instantes todos seguimos hacia la plazoleta que vemos al frente, en donde comienza una de las áreas de alimentación. Papá descubre que están desocupando una mesa y corre hacia ella. Mamá lo sigue tirando de Esteban, que quiere una paleta Robin Hood de mandarina, mientras Sandra y yo evaluamos con ojo crítico el panorama. Desde algún ado llegan los sonidos pueblerinos de una banda. Pese a la alta concentración demográfica, no hay muchos hombres dignos de una mirada y entre los más atractivos es alto el porcentaje de maricas, es fácil detectarlo. Sandra revisa los sitios de comidas: Los bucaneros, comida de mar; Casanova, comida italiana; Greta Garbo, cocteles de café y crepes; Don Quijote, empanadas y chorizos; hasta llegar a La primavera, ensaladas. Ambas cruzamos hasta la mesa sin mirar a nadie, seguridad y garbo en cada paso, y a mi memoria viene la época en la que jugábamos a los reinados de belleza, hace siglos, y Sandra quería ser siempre la señorita Chocolate para tener un culo como el de las negras y caminar como ellas; incluso una vez intentó oscurecer su cabello con betún negro.

—Quiero ensalada –anuncia sin sentarse.

—Yo quiero comida mejicana.

—¿Tú crees que en un sitio que se llama Sitting Bull saben siquiera dónde queda Méjico?

La miro y sonrío ampliamente:

—Voy a llenarme de tacos y burritos.

—Yo quiero una paleta de mandarina –repite Esteban. Lo ha dicho trescientas cincuenta y siete veces.

—Te puedes chupar la paleta después de que comas otra cosa –puntualiza mamá–. El aguacate y las salsas te brotan el acné –me advierte.

Papá se levanta, y mientras mamá retiene a Esteban y cuida la mesa, nos acompaña a hacer nuestros pedidos. Sandra consigue que le vendan una ensalada sin rastro de carne y yo pido algo enorme que llaman plato ranchero.

—Si sigues así, esos descaderados van a pasar a la historia muy pronto. –Se pone impertinente papá−. ¿Limonada natural para todos? –Es su manera de sintonizar con Sandra.

Asiento pensando en una Coca-cola. Suponiendo que Sandra considera menos desagradables las carnes blancas, papá evita un negocio que se llama La Parrillada Argentina y compra para mamá y para él unos filetes de pechuga con ensalada rusa.

—Con lo que ustedes gastan en una tarde, Billy y yo viviríamos dos semanas –importuna Sandra.

—Es que nosotros estamos en período de crecimiento –replico aniñando la voz.

Papá ríe ante mi ocurrencia y señala un globo en forma de hipopótamo que se eleva por encima del pabellón de la derecha del centro comercial. A nuestro regreso a la mesa, mamá se deja empujar por la rabieta de Esteban rumbo a la paleta de mandarina.

Diez minutos después todos comemos en paz, embargados por esa camaradería que tiene más que ver con el estómago que con el corazón. Sandra reniega porque su lechuga está vieja, pero estamos tan entretenidos con nuestra comida que nos olvidamos de responderle.

—La limonada está deliciosa –apunta papá para compensarla, mientras mamá sumerge en mi guacamole un trozo de su pechuga, que le embute a Esteban.

Si obviamos algunos detalles, la escena podría ser parte de nuestro álbum de recuerdos, de ese álbum que la ausencia de Sandra mandó casi al olvido durante los últimos dos años. Antes, cuando éramos víctimas de su obsesión fotográfica, crecía semanalmente: "mamá sorprendida con su mascarilla de pepino en la cara", "Esteban cayéndose de la bicicleta", "Laura bronceándose en la terraza", escribía debajo de las fotografías. Después apareció El Armatoste con sus dos metros de estatura, sus mensajes ecológicos y una cola de cabello negro, brillante, cayendo por encima de su espalda. Entonces Sandra compró

una cámara más sofisticada y comenzó a interesarse en los paisajes. En las fotografías de las últimas vacaciones conjuntas, la familia aparece en un rinconcito mientras los árboles y los pastos de Boyacá nos roban todo el protagonismo. Dos meses después Sandra se puso el piercing y desalojó el cuarto en el que crecimos. En compensación, de nuestra cuenta de ahorros desapareció la mitad del dinero. Papá habló con El Armatoste, que estaba más apenado que orgulloso. El Armatoste habló con Sandra. Sandra dijo que ya era mayor de edad y no quiso hablar con papá. Le faltaban dos meses para cumplir los dieciocho años.

—¿Vamos a mercar o no? –Se agota la paciencia de Sandra.

Después del almuerzo, mamá propuso que camináramos un poco para mejorar la digestión. Ese recurso nos permitió disfrutar durante dos horas del centro comercial. Sandra no protestó mientras estuvimos en un almacén de ropa interior, incluso me ayudó a escoger una tanga brasilera, aunque anotó que los materiales elásticos de los que está hecha provienen del petróleo. Le contesté que ya sabía de la capacidad contaminante de mi culo y se calmó, pero cuando nos dejamos ir de vitrina en vitrina y empezamos a preguntar aquí y allá por una cosa y la otra, el piercing se trepó bien alto en su frente. Antes le gustaba hacerlo. Recuerdo que pasábamos tardes completas en Bulevares o San Francisco, casi siempre viendo ropa, zapatos, música, viendo nada, simplemente estando allí, criticando a nuestras amigas, burlándonos de sus novios. Ella me presentó a Gabriel en Multicentro y yo le mostré a Cristian en Bulevares. Caminábamos y caminábamos y cuando nuestros pies protestaban, nos sentábamos en uno de esos maravillosos sitios donde prueban cámaras, reproductores de DVD, televisores gigantes, y nos entreteníamos con los videos musicales. Otras veces, si teníamos dinero, entrábamos a cine. Mamá nos acompañaba cuando se lo permitíamos; a veces papá se dejaba arrastrar. Hoy, por ejemplo, está con nosotros porque quiere ver qué nos gusta, con qué nos emocionamos, para ir pensando sus regalos de navidad; la suya es una visita interesada. Si por él fuera, mercaríamos en un sitio más cercano a casa, en el supermercado de siempre, donde tiene ubicados todos los productos. En cambio, la desesperación de Sandra es sincera. Hace media hora que apenas habla, y cuando nos detenemos, se recuesta en

la pared a esperarnos o protesta por la cantidad de gente, por el bochorno. Sólo reaccionó normalmente ante un almacén de velas y sahumerios, pero la ignorancia de la vendedora con respecto a sus usos la sacó de quicio (compró un candelabro de madera que pasó sin envoltorio a su mochila). También se enfureció porque en una de las plazoletas unos muchachos de lo más patéticos se quedaron mirándonos como embobados. A mí me dio risa. Antes le gustaba que nos miraran, era parte del atractivo de ir a los centros comerciales; ahora quiere pasar inadvertida, que nadie la vea, pero con la ropa que se pone llama la atención, es inevitable. Si sólo se relajara, lo disfrutaría. Hay promociones y rebajas en casi todos los almacenes, brilla el sol y todo funciona porque es nuevo:las fuentes, los avisos luminosos, los computadores, las escaleras automáticas. No hay nada más triste que la decadencia de un centro comercial. San Francisco, por ejemplo: los locales están vacíos o los dividieron y los almacenes son cada vez más precarios; la última vez que fui había un baratillo de ésos de todo a mil, que es uno de los espectáculos más deprimentes que existe. En cambio, no hay nada más emocionante que una inauguración como ésta: la gente va feliz, cargando sus bolsas de compras, con una ansiedad que les quita el cansancio; es como si a todos nos moviera la misma energía, como si todos bailáramos al ritmo de la misma música. Excepto Sandra.

Ante su reclamo, papá la mira:

—Rosario le está comprando un morral a Esteban, espera un momento.

—Llevo siglos esperando un momento.

—No hay necesidad de que te enojes, ya vamos a mercar, te lo aseguro.

La impaciencia de Sandra me obliga a enamorarme de un overol negro. Conozco la marca, es costosísima. Papá se resiste, Sandra lo apoya. Insisto en medírmelo, pondero sus costuras rojas, su estilo, lo bien que combina con la mayoría de mis camisetas, la calidad de la tela. Gano.

—Sergio, ¿esto es lo que hacen todos los sábados?

—No todos –se defiende papá.

—¿Y qué haces tú? –contraataco–, ¿fumar marihuana y salvar el

mundo?

Sandra me mira atónita.

—Lo que yo fume o deje de fumar no es asunto tuyo.

Cuando El Armatoste era sólo uno más de sus admiradores, dormimos una noche en la terraza con la excusa del calor y de una lluvia de estrellas. En realidad nos fumamos un cigarrillo de marihuana que él le regaló. Fue mi primera vez, casi la única. Aludir a esa noche viola uno de nuestros mayores secretos.

—Mamá, ¿Sandra fuma marihuana?

La pregunta de Esteban pone en los ojos de mamá una mirada asesina. Hice una mala jugada. Se arrodilla para hablarle a su mismo nivel:

—Esteban, escúchame bien: nadie en la familia fuma marihuana. ¿Entiendes?

Esteban siente la presión de su voz, las manos sobre sus hombros infantiles.

—¿Entiendes? –repite.

—Sí, mamá. –Baja la cabeza como si lo estuvieran regañando.

—Ustedes dos me tienen hasta la coronilla, señoritas –se incorpora–. Estoy harta.

Desde que entramos a EL□HIP, Sandra ha estado insoportable, criticando cada cosa que hemos comprado o quisimos comprar, tachándonos de consumistas y depredadores. Lo del papel higiénico fue ridículo. Mamá no compra los rollos fabricados con papel reciclado porque detesta su color, le gusta la sensación de limpieza que da el blanco. Sandra nos dirigió un discurso sobre nuestra incapacidad para entendernos como parte de la naturaleza, para asumir lo que somos. Papá le explicó que aceptábamos su punto de vista, pero que teníamos derecho a nuestros gustos. Sandra reviró mencionando que sufríamos una serie de complejos, que leyéramos a Freud para que nos quitáramos tanta telaraña de la cabeza, y afrontó sola el resto del pasillo, dándonos la espalda.

Ni siquiera en la sección Vegetales nos libramos de sus recomendaciones y sus ataques. Nos sugirió que compráramos las frutas y las hortalizas que estuvieran en peores condiciones porque eso

indicaba que no estaban tan llenas de químicos y, para ayudarnos a decidir, puso unos tomates casi podridos en el carro, sin siquiera meterlos en una bolsa, porque es un crimen gastar tanto plástico en nada, es un atentado contra la tierra. A la sección Carnes ni se acercó, y cuando intentábamos comprar jabones, detergentes y champú nos habló como si mereciéramos la horca. Y nos aguardaban sus intervenciones más fulgurantes. A una muchacha que nos ofreció unas arepas, le pidió información sobre los preservativos que utilizan sus fabricantes y después estropeó una degustación de café instantáneo con sus comentarios. En ese momento papá no aguantó más:

—Si lo que quieres es que nos sintamos mal, ya lo lograste. ¿Te calmas, por favor?

—Y si no, ¿qué?

Papá se queda de piedra. Después de unos segundos en los que yo soñé con una cachetada, dice que se va a buscar otro hipopótamo para Esteban, ya cansado de jalar y jalar el suyo sin conseguir que vuelva a elevarse.

—Eres una desadaptada –decido machacarla.

—Y tú una tarúpida. –Me aplica la combinación de tarada y estúpida que usábamos en el colegio.

—Te mereces lo que te sucede.

—¿Qué te sucede? –Se alarma mamá.

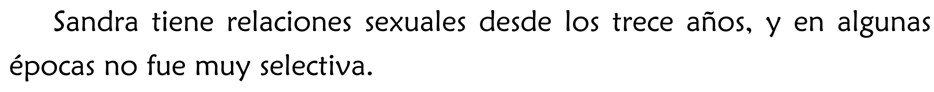
—No me sucede nada. –Me empuja y se va a la sección Música, a buscar un disco con cantos de ballenas.

—¿Qué le sucede? –Pregunta mamá en tono perentorio.

—Lo que se ve –respondo con frialdad.

Una semana antes Sandra había llamado, no sé si para conversar con alguien o para demostrar que enfrentaba con madurez los conflictos de la vida adulta. Me leyó su citología. Es necesario que le hagan algo que llaman colposcopia. Si tiene suerte, sólo le rasparán un poco el cuello de la matriz; si no, puede necesitar un procedimiento mayor. Cuando le pregunté por la causa de su problema, el médico mencionó, entre otras muchas cosas, unas bacterias o unos virus que trasmiten los hombres durante el coito.

—Fue Rafael –aseguró.


Sandra tiene relaciones sexuales desde los trece años, y en algunas épocas no fue muy selectiva.

—¿Por qué Rafael?

—Porque era un tonto.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Su primera vez fue con una prostituta.

—¿Él te lo contó?

—Sí, él me lo contó.

—¿Y no te dio asco?

—¿Por qué crees que terminamos? ¿Qué hombre tiene ahora su primera vez con una prostituta?

—Tal vez te mintió.

—¿Para qué?

—Para hacerse el interesante.

—Él no era tan ocurrente y me lo contó muy apenado.

—¿Es la primera citología que te haces?

—Sí, la primera. Billy insistió.

Si algo hemos tenido claro desde un principio, es que El Armatoste es todo, menos un irresponsable.

—No va a pasar nada, el médico simplemente te dio la información, eso es todo –intenté tranquilizarla, aunque parecía no necesitarlo.

—De eso estoy segura; soy una persona muy saludable, muy vital.

Su confianza en sí misma me molestó:

—¿Y si fue El Armatoste?

—¿Qué quieres decir?

—Si la infección o lo que sea te la pegó El Armatoste. Como es tan ecológico... –Inoculé mi veneno−. Tal vez piensa que hay que convivir con los bichos, acabar de criarlos.

Guardó silencio unos segundos, bastantes.

—A veces no puedo creer lo inmadura que eres, Laura Antonia.

Guardé silencio unos segundos, los suficientes.

—A veces me asombra tu inocencia.

El daño estaba hecho.

Sandra se disculpa por su comportamiento y de inmediato sugiere que vayamos a cine: hay una película que quiere ver. Papá y mamá

conversan recostados en la Toyota; un hipopótamo azul flota dentro de la cabina. Sentadas en una banca sin espaldar, encorvadas, silenciosas, parecemos nuestro propio recuerdo: después de los regaños, nos refugiábamos en un sofá que terminó arrumado frente a la mesa de planchar porque nosotras le reventamos los resortes de tanto brincarle encima.

De pronto Sandra se levanta y me arrastra:

—Acompáñame al baño –y le pide paciencia a papá con la mejor de sus sonrisas—: Nos vemos en los cinemas.
–Señala hacia la derecha.

—Suéltame –le exijo cuando entramos. Mientras ella busca un cubículo que esté vacío, yo finjo revisar mi maquillaje en el espejo.

—Ven. –Me empuja dentro y cierra la puerta. Es ridículo que nos encerremos ahí, más si lo que quiere es tener una buena pelea, como en los viejos tiempos.

—¿Qué pasa? –pregunto histérica.

—Mira. –Me da la espalda y abre las piernas por encima del sanitario. Hay una mancha roja en su falda.

—¡Marica! –exclamo—. ¿Por qué no me dijiste que estabas tan mal?

—¿Qué quieres decir? –me pregunta volviéndose.

—Es un cáncer, ¿o qué? –Siento que empiezo a sudar.

—Es la menstruación –responde con toda tranquilidad, obviando las tres o cuatro ideas que yo relacioné en una décima de segundo, las consecuencias a las que creí que nos enfrentábamos. Imaginé a El Armatoste y a papá consolándose mutuamente.

—¿Tienes una galleta? –me urge sonriendo.

—Una galleta no, –contesto. Es nuestro nombre clave para las toallas sanitarias. Saco del bolsillo posterior de mi bluyín un protector.

—Sabía que tendrías algo –respira aliviada y comienza a quitarse la falda-. Voy a necesitar el overol que compraste.

Es difícil moverse en un espacio tan pequeño, pero no me pide que me salga. Me pego a la puerta y apoya una mano en mi hombro para sacar los pies de una especie de bikini de tela burda.

—¿Por qué no te pusiste algo si sabías que te iba a llegar?

—No lo sabía. Tomé anticonceptivas unos días de más para ir a una

misión en la laguna de La Cocha, y se me desorganizó el ciclo.

Hace un gigantesco amasijo de papel higiénico y se limpia sin ningún pudor. Cuando vivíamos en el mismo cuarto era frecuente que nos viéramos desnudas, pero esto me parece excesivo.

—Lo que hiciste no es muy ecológico –ensayo una crítica para aliviar mi turbación.

—Tienes razón.

—¿Y no sentiste algo? –Insisto en una cuestión que ya no importa.

—Sabes muy bien que yo nunca siento nada.

Lo sabía: las dos menstruamos sin dolor; antes muy coordinadas, prácticamente el mismo día.

—¿A ti te está dando cólico ahora? –Levanta el rostro congestionado por la posición.

—Sí –miento. Un segundo amasijo de papel higiénico termina en el sanitario. Bota el agua. De la bolsa de las compras saca la tanga que me regaló mamá, le fija el protector y se la pone.

—Eso significa que te hago falta –afirma, admirando lo bien que le ajusta mi ropa interior nueva, mucho mejor que lo que tenía puesto. La dieta vegetariana la libró de la celulitis, tomo nota–. Te compraré otra tanga, una igualita o mejor –promete.

—Que sean dos.

—Está bien. Pásame el overol. Te lo devolveré como si estuviera nuevo.

—Pero me lo lavas con algo bueno –exijo en voz baja. La desaparición del estruendo del agua me hace pensar que todo el mundo ha oído nuestra conversación.

—Te lo lavo con el veneno que me digas. –Antes nos prestábamos ropa constantemente, incluso la nueva, sobre todo la nueva.

—Y me encimas algo.

—¿Qué? –Pretende expresar asombro por mi abuso, pero yo quiero entender otra cosa.

—No sé, lo que quieras.

El overol le ha quedado perfecto. Se lo alisa y le quita las etiquetas.

—¿Te gustaría una correa tejida con congolos? Te quedaría muy bien con ese bluyín.

Mete su falda y su ropa interior en la bolsa de las compras, envuelve todo el paquete sin apretarlo y lo hunde en su mochila. Se echa hacia atrás para darme espacio, abro la puerta y salimos. Nos paramos frente al espejo.

—Gracias, Laura. –Saca un cepillo.

—Papá debe estar pensando que nos estamos arrancando los ojos.

—Sí –contesta distraída, cepillándome.

—Quiero un piercing –digo.

—Piénsalo mejor. Si El Veterano te da permiso, yo te lo regalo.

—¿Tengo que pedirle permiso?

—Y a mamá también. Te lo exijo –me advierte solemne, volviendo el cepillo a su mochila.

Caminamos a través de la gente hacia los cinemas. La película se llama *Nickel Odeon* y la protagonizan Sean Connery, Denzel Washington y Angela Bassett. Apruebo la elección: me encanta Denzel Washington.

Papá nos pide una explicación y le dice la verdad. Ríe con ganas y se relaja porque piensa que a eso se refirió mi comentario indiscreto de media hora antes.

—Rosario y Esteban no querían entrar a cine. –Trata de excusar a mamá.

Las dos asentimos cuando nos pregunta si queremos palomitas de maíz y coca-cola. Nos habla de las películas viejas de James Bond, las que hicieron famoso a Connery; parece que se las vio todas.

Cuando ingresamos a la sala ya han apagado las luces. Las dos nos aferramos a él como unas garrapatas.

Hotel en Shangri-Lá

El chirrido de las llantas fue cinematográfico; un reencuentro enternecedor si Ana Mercedes llega a tiempo al aeropuerto. Pero no: hace tiempo no conseguimos una escena decente.

Tras la charla habitual —¿Cómo te fue? ¿Qué tal el viaje? ¿Podrás conseguir otro contrato?–, aceleró por la avenida. En el primer semáforo propuso que fuéramos a la inauguración del Megacentro Babilonia. Es el milagro comercial del momento; sus promotores multiplican las toneladas de hierro y cemento, hablan de millones de dólares y no sé cuántos miles de metros cuadrados construidos, de hectárea tras hectárea de prados y terrazas, de parqueaderos infinitos. Bienestar puro, invencible.

—¿Y el pie?

Me había fracturado seis días antes, a la salida de un coctel.

—Tremendo –respondí optimista, golpeando las vendas solidificadas. Una sandalia removible me permitía caminar sin tropiezos.

Ana Mercedes giró hacia el norte cinco semáforos después y puso a Sabina y Páez. Cuando sonaba *Llueve sobre mojado*, cantó: “Dormir contigo es estar solo dos veces, es la soledad al cuadrado”, interrumpiendo la conversación. En el cruce con la Atahualpa, Sabina dijo que esperaba hallar hotel en Shangri-Lá. Lo pensé unos compases, los suficientes para recordar cartillas y mapas, la indolente recitación de las capitales del mundo.

—¿Dónde queda Shangri-Lá? –pregunté.

—¿Qué?

—Que, ¿dónde queda Shangri-Lá?

—¿Shangri-Lá? –Me dedicó un fugaz parpadeo.

—Sí. Lo menciona Sabina en la canción, Shangri-Lá.

Buscó la respuesta entre los mandos del estéreo.

—La verdad yo sólo le pongo cuidado a Fito... Lo que importa es la música; ellos cantan cualquier cosa que rime –concluyó.

Tras un amplio rodeo, nos resignamos a un horizonte que arrancaba en la parte trasera de una toyota verde oliva sin placas, absolutamente nueva.

A las dos pasamos la caseta de control, parqueamos y sin pensarlo mucho seguimos uno de los senderos. Cientos de familias hacían lo mismo; terminales de computador ofrecían información general y la localización exacta de lagos, parques de diversión, restaurantes, exposiciones y salas de cine, de cada uno de los sitios en los que se puede comprar desde un Rolls hasta la baratija más simple.

—Una inversión muy fuerte –comenté.

—Son los dueños del país, ¿no? –Lucía magnífica en su vestido rojo de pana, los muslos muy bronceados.

—¿Cuánto tiempo crees que se demoren en recuperarla?

—Muy poco –opinó-. Con la campaña publicitaria que montaron lo van a vender todo. Y ya viene navidad.

Unos adolescentes tocaban sin cesar las pantallas interactivas, atropellando las imágenes del nuevo paraíso del mercado, mientras miles de niños colgaban de sus bombas de helio en forma de hipopótamo. Obviamos a payasos y magos, a tríos y cuartetos de cuantos géneros musicales existen, para alcanzar una de las zonas de restaurantes. Optamos por una promoción con hamburguesas, papas fritas y coca-colas.

—Si tuviéramos un hijo se parecería al niño de la chaqueta roja. –Señaló a su derecha.

—Tengámoslo. –Enfrenté sus ojos.

—Tú no vas a cambiar y yo tampoco. No funcionamos bien juntos y va a ser más difícil con nuevas obligaciones.

—Es tu opinión.

—Es la verdad. –Me acarició el brazo como si con eso clausurara el asunto.

—¿Crees que no soy capaz de controlar mi vida?

—Sé que eres capaz de muchas cosas, sobre todo con dos copas de más.

—Tú no necesitas ni una gota de licor para regañarme por cualquier cosa –devolví el golpe bajo.

—Ésta es una discusión interminable. ¿Qué tal si los dejamos sentarse? –Una pareja aguardaba por nuestra mesa con las bandejas en las manos–. Entremos al hipermercado.

Acepté a regañadientes.

Fuimos empujados, sacudidos y arrinconados; a veces pasábamos de una estantería a la siguiente esgrimiendo mi pie lastimado. Ana Mercedes comenzó a detenerse, a comparar precios, leer etiquetas, destapar y oler recipientes. Se concentró en un pabellón de ofertas. Había combinaciones de todos los estilos: jabones con jamones, toallas sanitarias con galletas, mermelada con desodorantes. La avidez con la que los compradores buscaban los paquetes envueltos en celofán aumentaba la congestión. Harto de forcejeos, me aparté.

—Es mejor que nos separemos –suspiró–. Ve a hojear revistas o algo. ¿Puedes hacerme un favor?

Asentí.

—Necesito un... ¿Cómo te explico? Una cosa de ésas de alambre para colgar de la ducha, para poner frascos de champú, ¿entiendes?

Claro. Me asignaba un encargo para no dejarme enteramente libre. Exigí una descripción inequívoca.

—Es una cosa así. –Dibujó en el aire un objeto de líneas duras y poco tamaño–. De alambre blanco... ¿Ya? –inquirió conclusiva.

—Ya –acepté.

Nos reencontraríamos en las registradoras de la sección Vegetales a las seis de la tarde: mi suegro es diabético y Ana Mercedes gastaría media tarde seleccionando legumbres y hortalizas, para ofrecerle una ensalada exquisita a nuestro invitado permanente.

Tras deshacerme de unos volantes en forma de hipopótamo y del plegable con el mapa del Megacentro Babilonia, me acerqué a la venta de discos compactos y pregunté al dependiente por el compacto de Sabina y Páez.

—¿Tiene uno sin la cubierta plástica?

Me complació de inmediato. Busqué en las letras hasta hallar Shangri-Lá.

—¿Sabe dónde queda esto?

Miró sin sorpresa el cuadernillo.

—En Marco Polo, creo. ¿Lo va a comprar, caballero?

—No, ya lo tengo. ¿Tiene *Sergeant Pepper*?

—¿También sin cubierta? –preguntó reacomodándose las gafas.

Cuando pagué con la tarjeta de crédito, una sirena rompió la aglomeración.

—¡Felicitaciones, señor, felicitaciones! –gritó la cajera.

La gente me abrazaba y yo sonreía como si fuera mi deber. La supervisora se acercó con un fotógrafo y el flash resplandeció varias veces; me felicitó y me estrechó la mano:

—Usted hizo la compra cien mil de hoy, felicitaciones. Los señores lo conducirán para que le entreguen su premio.

Me puso en manos de dos fortachones bien vestidos, con audífonos supersónicos incorporados en los oídos, que me arrastraron a través de los aplausos. Después de rodear la sección Computadores, nos internamos por un túnel que se abrió en la pared. Las luces trazan círculos perfectos en la cerámica del piso. En las escaleras nos cruzábamos con ternas de secretarias uniformadas con colores tierra. A través de unas ventanitas, cada vez desde más arriba, es posible mirar la gigantesca superficie en la que columnas, tabiques y luz modulan el infinito.

Llegamos a un salón largo donde, de un lado, hay una sala decorada sin ahorrar –Botero engorda las paredes–, y del otro, un grupo de guardias y monitores que vigila EL□HIP, como tan candorosamente lo denominan. Desde algún lado vino en mi busca una mujer hermosa, madura, con aires de Mata Hari.

—Buenas tardes, señor...

—Álvarez, Sebastián Álvarez.

—Buenas tardes, señor Álvarez, y felicitaciones. Me imagino que le dijeron que se acaba de ganar un premio sorpresa por realizar la compra cien mil de hoy.

—Sí, algo me dijeron –sonreí.

—Pues es un premio muy bueno, se lo aseguro. –Un acento extranjero aleteaba al final de sus frases, uno tan suave como la palma de su mano.

—¿Y qué tengo qué hacer para reclamarlo?

—Nada, absolutamente nada. Si usted tiene la amabilidad, señor Álvarez, siéntese un momento y nosotros nos encargaremos de todo. Estamos esperando la unidad móvil porque queremos hacer la entrega por televisión, en vivo y en directo. Le ruego tenga paciencia. ¿Qué le pasó en el pie?

—Un pequeño accidente –admití.

—Pero ya está bien.

—Sí. Casi. Sí.

—Siéntese, por favor. ¿Desea un coctel? En el restaurante chino de la Plazoleta del Pino preparan muy bien el cabeza de jabalí: siete licores blancos en su justa medida –proclamó su sonrisa–. Déjeme ofrecerle uno.

Salió con uno de los guardias y, tras unos segundos yo me concentré en *Sergeant Pepper*; es una edición especial, con varios cuadernillos muy bien impresos. Cuando ya me sentía cómodo, apareció un mesero con la bebida. Mata Hari volvió instantes después:

—Le tengo buenas noticias, señor Álvarez, ya está llegando el personal de la televisión. Espero que lo estén atendiendo bien.

—Sí, muy bien. Gracias.

—Me alegro. Con su permiso. –Sus pies no parecían requerir del apoyo de la alfombra.

Dos guardias se acercaron con un hombre maduro:

—Siéntese, señor Ángel –dijo uno de ellos y partió en busca de Mata Hari.

No perdí un solo paso de su regreso triunfal:

—Mucho gusto, señor Ángel. No sabe cómo nos complace que usted sea el otro ganador. Permítame presentarle al señor Álvarez.

Nos dimos la mano.

—El señor Álvarez hizo la compra cien mil de hoy. El señor Ángel –se volvió hacia mí–, conducía el auto mil que pasó los sitios de control. A ambos los espera un premio maravilloso, felicitaciones.

Agradecimos con palabras que nadie quiso entender.

—Señores: los dejo solos un momento, necesito ultimar algo. En seguida le traen un coctel a usted también, señor Ángel. Está rico, ¿no?

—Delicioso. –Una cierta relajación estaba apoderándose de mí, la inconsciencia del jabalí, supongo. Tras unos instantes, intenté una conversación.

—¿Venía con su familia?

—No. ¿Y usted?

—Con mi esposa.

—¿Y dónde está? –preguntó con brusquedad. Sus canas eran discretas, elegantes.

—Comprando algunas cosas.

Recibió el coctel sin agradecerlo.

—¿Sabe cuál es el premio?

—No, no lo sé –admití.

—En la publicidad hablaban de vueltas al mundo, un automóvil, electrodomésticos.

—Y, ¿qué le gustaría?

—No sé. Esto es muy incómodo.

—Sí. Cuando empezaron a aplaudir quise que todo fuera mentira.

—Eso es lo de menos. –Se acercó y me ofreció un cigarrillo–. Yo no debería estar aquí.

—¿Por qué?

—¿Se irán a demorar mucho? –Dejó escapar el humo y mi pregunta.

—Me prometieron que no.

—A mí también me está esperando alguien abajo, y ni siquiera sé dónde quedó mi camioneta.

—¿Su mujer?

—No, soy separado. Mi amante.

El calificativo me sorprendió, tal vez porque yo sería incapaz de usarlo ante un desconocido.

—En realidad no sé si llamarla mi amante –admitió.

—¿Qué quiere decir?

—¿Puedo confiar en usted? –El hombre necesitaba hablar con alguien.

—Claro que sí –afirmé, retirando el cigarrillo de los labios. La curiosidad innata del jabalí.

—Bien... Esta mujer es joven y bonita... y está casada. –Se detuvo auscultando mi rostro–. Nos conocimos. No importa dónde nos conocimos. Digamos que nos conocimos hace poco y algo pasó, un magnetismo... El caso es que comenzamos a telefonearnos, tímidamente, yo soy un hombre muy reservado –aclaró–, y con el paso de los días fuimos hablando de nuestras cosas, de mi soledad, de las frustraciones de su matrimonio. Usted ya sabe.

Algo sabía, en efecto.

—Bueno, pues, hemos salido algunas veces... Es un poco extraño; no sé ni por qué se lo cuento. Lo único que hacemos es mirarnos, ir el uno detrás del otro, casi sin tocarnos... Déjeme explicarle: ella me pidió que nos citáramos en un lugar público, en un sitio al que vaya todo el mundo.

Temía que la vieran sus amigas, su cuñada. Mencioné un bar muy discreto pero lo rechazó. Finalmente propuso la terminal de transporte.

—¿La terminal de transporte?

—Sí, la terminal de transporte –reiteró excitado–. Me piió que hiciera una maleta y nos viéramos frente a una de las empresas de buses.

—¿Y usted lo hizo?

—Sí. Siempre tengo una maleta lista... Ya sabe: cepillo de dientes, máquina de afeitar, piyama... Fue fácil. De hecho, acepté su juego –confesó con los ojos brillantes–; imaginé que iba a viajar tres o cuatro días y escogí cuidadosamente un traje, dos camisas, unos zapatos negros... ¿Le parece que estamos un poco locos?

—No sé. ¿Qué pasó en la terminal?

—Nada. Bueno, todo es psicológico, ¿no? –declaró con una sonrisa maliciosa–. Llegó bien vestida, maquillada, se sentó a mi izquierda, sin hablar, y de pronto me pregunta: “¿Para dónde va usted?”. Respondo y ella contesta: “Yo también, ¿a qué hora sale su bus?”. Dije una hora cualquiera. Entonces giró su cuerpo para hablarme; su vestido rojo se abrió y pude ver la parte superior de sus senos. ¿Me entiende? –Se tocó el pecho–. Debo confesarle que me excité. Sé que es tonto, soy un

hombre con experiencia, pero todo es psicológico, ¿no?

Sonreí y él quedó convencido de que compartía su excitación. Nos trajeron dos copas más y apuró la suya sin prudencia. Tras el gesto de reacción al alcohol, prosiguió:

—Y en seguida me preguntó: "¿Usted es de aquí?", y se acomodó más de frente, presionando con su rodilla mi muslo derecho.

—¿Y?

—Nada. Esto no más durante un rato y entonces se levantó sin despedirse.

—Tremendo –exclamé. Es una palabra que uso para todo, y él esperaba un comentario más profundo.

—Después me pidió que nos viéramos en un centro comercial. Caminábamos de un piso a otro parando frente a las vitrinas, mirándonos desde la rampa opuesta o a través de un espejo.

—¿Y eso fue todo?

—No. –Lo apuró mi decepción–. Entramos al supermercado. Fingimos examinar la oferta de fruta, de hortalizas... Ya sabe: las manos coinciden sobre una lechuga y es emocionante.

—Todo es psicológico –repetí por él.

—¡Exacto! A veces chocábamos los hombros, las caderas, sin hablar... Es tan bella. –Buscó mi comprensión.

—Y se iban a ver hoy aquí.

—Sí, en la sección Vegetales.

—Nuevamente las manos sobre la lechuga.

—Algo así.

—¿No han ido a un motel?

—No –replicó enfáticamente–. No aún.

—Y todas las citas han sido más o menos así.

—Sí.

—Tremendo.

En ese momento volvió Mata Hari. A sus espaldas, dos modelos con minifalda y botas sonrieron con profesionalismo. Consulté el reloj: diez minutos para las seis. Me incorporé y revisé uno a uno los monitores hasta encontrar el que enfocaba la sección Vegetales. Ana Mercedes empujaba un carro lleno de compras. Ángel parecía observar en la

misma dirección. Quise pedir que alguien fuera a buscarla.

—Estamos listos. Síganme, por favor.

Otra vez el laberinto, las luces empotradas en el techo, las placas de prefabricado atornilladas a impresionantes vigas de hierro, la inquietante sucesión de corredores que no parecen conducir a ninguna parte. Bajamos y giramos hasta llegar a un sector aislado del parqueadero. El aire fresco disipó un poco mi ebriedad. Nos esperaban una camioneta, diez personas armadas de cables y micrófonos, un reportero de la televisión. De nuevo saludos y felicitaciones; una mujer que olía a perfume barato nos arrastró hacia el estudio construido con luz y vacío:

—Apaguen los celulares –exigió.

A nuestras espaldas dos gigantescos avisos de neón, uno al lado del otro: Megacentro Babilonia y EL□HIP.

Tras las últimas instrucciones, el fulgor de las lámparas, una rápida cuenta regresiva y la voz:

—Sí, buenas noches. Señoras y señores, transmitimos en directo desde el Megacentro Babilonia, en compañía de los afortunados ganadores de los dos superpremios que en su primer día de éxito rotundo obsequian el Megacentro Babilonia y EL□HIP –gritó señalando el neón–. En pantalla están apareciendo los nombres de los compradores que se quedaron con los jugosos premios de consolación. Así cumplen EL□HIP y el Megacentro Babilonia, el lugar donde los sueños se cumplen, que abrió sus puertas hoy para proporcionar a todos una vida más feliz. Pero vamos con nuestros ganadores. ¿Su nombre, por favor?

—Sebastián Álvarez –contesté.

—¿Y el suyo?

—Jorge Ángel –respondió con voz más pastosa que la mía.

—Bien. Estos queridos amigos han ganado… –Una de las modelos le ayudó a organizar su papeles-. Por ser el señor Álvarez quien hizo la compra número cien mil de hoy en EL□HIP, y el señor Ángel conducir el automóvil número mil que ingresó al Megacentro Babilonia –hizo una pausa y tomó aire–: cada uno de ellos gana un viaje para dos personas, con todos los gastos pagos, al lugar del mundo que deseen,

por cortesía del Megacentro Babilonia y de EL□HIP.

Todos aplaudieron.

—Maravilloso, ma-ra-vi-llo-so. ¿Contento, señor Ángel?

—Muy contento, sí. Estoy muy agradecido con el Megacentro Babilonia –declaró con una lucidez inconcebible. Las luces avejentaban su rostro.

—Y ¿dónde quiere ir?

—A Australia.

—¡A Australia! –gritó el reportero–. La tierra de los canguros, al otro lado del mundo. Maravilloso, ma-ra-vi-llo-so. ¿A Sidney, señor Ángel?

—Sí, a Sydney –respondió dubitativo.

—Qué buena elección, señor Ángel. Y usted, señor Álvarez, ¿a dónde quiere ir?

—A Shangri-Lá –respondí sin pensar, como un jabalí herido.

—Qué específico, señor Álvarez. Shangri-Lá, una de las ciudades más exóticas del Japón, por cortesía de EL□HIP. Maravilloso, ma-ra-vi-llo-so.

Nos estrechó la mano con energía y continuó:

—Bien, hasta aquí la transmisión en directo desde el Megacentro Babilonia, el nuevo centro comercial y empresarial de la ciudad, el lugar donde los sueños se cumplen, que abrió sus puertas hoy para brindar a todos una vida más feliz. Esperen a las diez de la noche un completo informe sobre esta espectacular realización que nos pone a la altura de...

Cuando apagaron las luces, Mata Hari nos entregó sendos sobres para la agencia de viajes que hará efectivo nuestro premio. Dos guardias nos condujeron hasta el interior del hipermercado. Ángel sonrió sin hablar, yo tampoco despegué los labios hasta que estuvimos otra vez entre la multitud; un coro de niños endulzaba una composición de John Lennon.

—Bueno, mucho gusto –se despidió.

—Sí, mucho gusto. –Apreté su mano sudorosa.

—Espero que encuentre a su mujer. –Se alejó.

Me dirigí a la sección Hogar en medio del tumulto; resonaba la promesa de un espectáculo de fuegos artificiales para las diez de la

noche. En una pared cubierta por televisores, dos altos oficiales de la policía se multiplicaban bailando con algunas de sus subordinadas. El pie me dolía un poco, nada insoportable. Busqué el encargo de Ana Mercedes, pero encontré tal cantidad de tamaños y calidades, que me abrumó. Cojeando cada vez más, preguntando aquí y allá, siguiendo las flechas, llegué hasta la Plazuela del Pino y su gigantesco árbol de navidad. Empujé las puertas batientes: dos enormes colmillos emergieron salvajes en mi hocico.

El diámetro de la cúpula de la capilla Sixtina

—He cometido un error.

Hernán Espejo no detectó ningún problema en la pantalla y volvió a su posición de vigilancia.

—¿Y desde cuándo admites tus errores?

Samuel Tobón reacomodó sus lentes:

—No lo estoy diciendo para que te burles de mí.

—Pero puedo hacerlo, ¿o no?

—Te digo que cometí un error –insistió.

—Todo el mundo comete errores.

—Ése no es el punto.

—¿Y cuál es el punto?

—Yo trabajo con lo que sé; no puedo fallar.

—¿Y cuál fue el error? –La mirada de Espejo iba de un lado a otro de Camelot Conexion, el café internet que administraba. Las luces indirectas y los enormes afiches que reproducían ilustraciones antiguas de libros de Julio Verne, eran idea suya. Los propietarios impusieron las mesas largas, él prefería cubículos individuales. Aunque la arquitecta protestara, terminaría adaptando algún sistema de división.

—Le di a un cliente un dato equivocado.

—¿Algo muy grave?

—No sé que tan grave sea para él –admitió Tobón.

—¿Qué dato?

—Me preguntó dónde queda Shangri-Lá.

—¿Shangri-Lá? ¿No es un bar en el centro?

—No, no es un bar en el centro. O puede que sí, pero él no me preguntaba por el bar en el centro –respiró profundo, llenándose de paciencia.

—Bueno: ¿qué es Shangri-Lá? –Las mejillas rubicundas de Hernán Espejo apenas limitaron una gran sonrisa.

—Es un lugar imaginario; está en una novela de James Hinton que se llama *Lost Horizon*.

—¿Y qué tiene de especial?

—Es un paraíso, un lugar lleno de amor, paz y salud en medio de las montañas del Tibet. Frank Capra hizo una película en 1937: Ronald Colman, Jane Wyatt, John Howard, Edward Everett Horton... –Leyó en la pantalla.

—¿Para eso viniste? Mira la cantidad de gente que está esperando. Pierdo dinero contigo aquí.

—¿Sólo piensas en el dinero?

—¿Y en qué quieres que piense? Tengo ex-esposa, mujer, hijos, préstamos, un negocio que si no funciona rápido se quiebra. –Se tomó un instante para señalar a un usuario en dificultades. Su ayudante corrió al auxilio. Yo no tengo unos padres dispuestos a sostenerme toda la vida y a vivir en medio de una biblioteca, como los tuyos.

—Si quieres te pago –respondió Tobón con frialdad.

—No seas idiota. ¿Qué le dijiste a tu cliente?

—Que Shangri-Lá aparece en los libros de Marco Polo.

—Es una buena explicación.

—Pero no es la verdadera.

—No creo que a tu cliente le interese la verdad tanto como a ti.

—Ése no es el punto.

—Y entonces, ¿cuál es el punto?

—Estoy fallando, estoy perdiendo capacidades, mi cerebro ya no funciona como antes. Olvido. Envejezco.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y dos.

—Es una idiotez lo que estás diciendo.

—Mi memoria se está debilitando –declaró con la mayor seriedad, incluso con cierto patetismo.

—Veamos: ¿qué equipo ganó el mundial de fútbol de 1978?

—¿Qué quieres hacer?

—Una prueba, nada más. Contesta.

—Argentina –resopló.

—¿Marcador?

—Tres - uno.

—¿El otro equipo?

—Holanda.

—¿Quién metió el gol de Holanda?

—Naninga –respondió con la determinación de un perro de caza.

—¿Lo ves? No tienes ningún problema.

—Eso no prueba nada. –Reacomodó sus gafas con gesto de cansancio.

—¿Porque es de fútbol? Muy bien: ¿cómo se llamaba el avión desde el que arrojaron la bomba atómica sobre Hiroshima?

—Eso lo sabe todo el mundo.

Espejo lo miró sin parpadear.

—El Enola Gay, era el nombre de la esposa del piloto –explicó Tobón, resignado.

—Lo que yo veo es que sigo sin entender por qué no participas en *¿Quién quiere ser millonario?*

—Porque no me voy a pasar la vida llamando a un teléfono para nunca salir seleccionado.

—Esos millones nos caerían muy bien.

—Ése no es el punto: me equivoqué con un cliente. Estoy muy preocupado.

—Muy bien: ¿por qué no lo buscas?

—¿En este maremágnum?

—Es posible que lo encuentres.

—Es posible –reflexionó Tobón–. Estaba enyesado.

—¿Qué tenía enyesado?

—Una pierna.

—Ve arriba y búscalo en el circuito cerrado.

—No lo voy a encontrar: las cámaras no enfocan los pies de la gente.

—Tienes razón. ¿Compró algo?

—Sí. El disco de *Sergeant Pepper*.

—¿Los Beatles?

—Sí, claro; a nadie se le ocurre comprar la versión de los Bee Gees.

—¿Hay una versión de los Bee Gees?

—Sí. La hicieron después de *Saturday Night Fever*, en el 78 o el 79, con Peter Frampton. Todos cantaban y bailaban.

—¿Era una película?

—Sí.

—¿Y en el *Sargento Pimienta* sale Shangri-Lá?

—No, en el *Sargento Pimienta* no, en el disco de Sabina y Páez.

—¿Fito?

—Sí, Fito.

—¿Fito se llama Fito?

—Claro que no. Se llama Rodolfo. Rodol-fito.

—¿Y cuál es el diámetro de la cúpula de la Capilla Sixtina?

Samuel Tobón se permitió sonreír. En un concurso intercolegiado de cultura general habían preguntado eso y gracias a él su equipo dio la respuesta correcta.

—Muy bien. Ya que estamos más relajados, busquemos una solución... Si el tipo está enyesado y tiene esos gustos, estará por ahí, en una de las librerías, tomándose un café, mirando qué hay en los cinemas –afirmó Espejo, y le autorizó veinte minutos de descanso a su ayudante, un muchacho delgado, víctima del acné.

—No. Hace media hora se ganó uno de los premios mayores por la inauguración.

—Entonces está arriba, en la administración.

—Ya se fue. Llamé a la sala de control antes de venir.

—Y, ¿qué se ganó?

—Un viaje.

—¿A dónde?

—A donde quiera.

—Si seguimos así –Espejo meneó la cabeza–, este centro comercial no va a sobrevivir ni una semana.

—No exageres.

—¿Y el exagerado soy yo? Bueno, igual, volvamos a tu cliente. Búscalo en el bar del portal sur, debe estar festejando.

—Ni creas que voy a ir por ahí corriendo como un loco.

—¿Y te parece mejor enloquecerme a mí?

Se miraron y rieron.

—¿Te pagó con tarjeta de crédito?

—Sí.

—Veo que sí te está afectando la demencia senil. Ahí tienes su número. Llámalo. –Señaló Espejo el teléfono que brillaba al lado de la registradora–. Dile la verdad y déjame trabajar.

Tobón dudó unos instantes. Tenía el comprobante de venta en el bolsillo. Lo sacó y lo sostuvo con algo parecido a la reverencia. Instantes después resolvió marcar. Un hombre le respondió.

—El señor Sebastián Álvarez, por favor.

—No se encuentra en este momento –respondió era una voz cansada, endurecida.

—¿Sabe a qué horas puedo encontrarlo?

—No, no lo sé. Está con mi hija. ¿No tiene el número de su celular?

—No, caballero, no lo tengo, ¿puede dármelo?

—No lo sé. Tengo el de mi hija, espere. –Asentó el auricular sobre algo y tras unos segundos lo recobró–. Pero... ¿Quién es usted?

Samuel Tobón necesitaba disipar los recelos de su interlocutor.

—Le vendí algo al señor Álvarez y cometí un error.

La desconfianza emergió al otro lado de la línea.

—… ¿Quién es usted?

—Soy empleado en un almacén de música y aparatos electrónicos.

—¿Y qué le compró mi yerno?

—Un disco, sólo un disco. –Comenzaba a arrepentirse de haber llamado. Las ideas de Hernán Espejo siempre lo conducían a un callejón sin salida.

—¿Y qué problema tiene el disco?

—No. El disco no tiene ningún problema.

—Entonces, ¿por qué llama?

—Es difícil de explicar –admitió.

—¿Le quedó debiendo dinero?

—No. Pagó con tarjeta de crédito, todo correcto.

—Entonces, ¿para qué llama?

—Quiero rectificar una información que le di.

—¿Qué información?

No pudo articular una respuesta plausible.

—Creo que estoy entendiendo. –Rompió el silencio el suegro de Sebastián Álvarez.

Samuel Tobón imaginaba un cabello y un bigote entrecanos, hirsutos; un rostro agrio, suspicaz. Se apresuró a desvirtuar cualquier sospecha:

—No se preocupe, caballero, le aseguro que no lo llamo para nada malo.

—Dígame la verdad: ¿usted es el famoso doctor Racines?

—¿Perdón?

—Sí, no se haga el que no me entiende –advirtió con voz firme–. Racines, el psiquiatra del que tanto ha estado hablando mi hija.

—… Le aseguro que no soy esa persona.

—Entiendo... Habla muy mal de usted el que intente analizarme por teléfono. –Había una contenida vindicación en el tono de la voz.

Tobón consideró prudente callar.

—Y habla más mal de usted que ahora no se atreva a hablar.

—Le aseguro que no soy la persona que usted cree.

—Lo que yo crea o deje de creer no es asunto suyo, doctor, se lo aseguro. ¿Que estoy deprimido? Sí, estoy deprimido. ¿Que soy un hombre viejo? Sí, soy un hombre viejo. Un hombre viejo, solo y diabético. ¿Cómo no voy a estar deprimido? Y no quiero que usted me escuche ni que me den de esas pastillitas que ustedes les mandan a los viejos para que se queden tranquilos, eso sí que no, doctor.

—Disculpe...

—Discúlpeme usted, pero si lo que quería era oírme, me va a oír. Mi esposa murió hace diez años, ¿me escucha? Diez años. Era una mujer maravillosa, una compañía como pocas. ¿Usted es casado?

—No.

—Debe de ser separado; todos ustedes se separan y crían unos hijos que terminan por ahí de drogadictos y de ladrones –tomó aire y se

quedó esperando la réplica que no llegó–. Veo que nos estamos entendiendo, entonces escuche: hasta que mi mujer murió yo vivía bien, comía de todo, trabajaba sin problemas. Después de que ella murió descubrieron que soy diabético, los negocios no me funcionan, me empezó a crecer la próstata y mi vista ya no es tan buena. ¿No le parece que tengo motivos suficientes para deprimirme, para desconfiar del mundo y estar paranoico?

—Sí, caballero, pero...

—Pero nada, uno está o no está deprimido y yo lo estoy y usted no. Por más cartones que tenga, por más especializaciones que haya hecho, usted no va a entenderme hasta que sea un hombre viejo.

—Yo lo entiendo –se apuró a declarar Tobón. Creía que si lo animaba a hablar todo acabaría más pronto y podría colgar.

—¡Usted me entiende! ¿Qué hace ahora? ¿Me sigue la corriente como a un loco? ¿Por qué? ¿Porque leyó libros sobre la depresión? Doctor, usted no sabe lo que es la depresión, usted no sabe lo que es sentirse inútil. Soy más inútil que el inútil de mi yerno. ¿Cree que ésa no es una razón para deprimirse?

—No sé qué decirle.

—Pues yo sí sé. Estoy deprimido y he pensado en suicidarme, es cierto. Si eso es lo que le dijo mi hija, tiene toda la razón. Ustedes no deberían temerle al suicidio, ¿cuál es el problema si yo me suicido? Mi hija me olvidará rápidamente, tiene suficientes problemas como para tener que ocuparse de mí.

Samuel Tobón cubrió la bocina y cerró los ojos.

—... No cuelgue... Por favor, no cuelgue. –La voz al otro lado de la línea era un ruego.

—Estoy aquí, no se preocupe. –Reacomodó sus lentes.

—Gracias. Gracias. Siento mucho si lo he tratado mal, si he sido grosero. Ya no sé cómo comportarme. Se me olvidan las cosas, los nombres de la gente, de mis amigos. Tengo las manos llenas de hematomas, me salen por cualquier cosa, y estoy muy deprimido, muy confuso. Paranóico. Creo que necesito ayuda –admitió.

—Los antidepresivos son ahora muy buenos, muy seguros –opinó Tobón sin saber siquiera por qué lo hacía, tal vez por compasión.

—¿Cree que me servirán? Tengo setenta y dos años, soy diabético y no duermo nada. Y la próstata. ¿El antidepresivo no me va a agravar el problema de la próstata?

—La fluoxetina es el antidepresivo más usado en los Estados Unidos –respondió Tobón automáticamente.

—Ésa fue la droga que me recomendó un amigo, y Ana Mercedes me compró una caja, pero yo la boté.

—Una dosis diaria es suficiente y dormirá mejor.

A Samuel Tobón lo asombró su propia seguridad. Había visto en CNN un informe sobre la depresión en los Estados Unidos. Contestaba preguntas, se dijo, contestaba preguntas de las que sabía las respuestas.

—Los efectos adversos son poco frecuentes –agregó, incapaz de parar–. Apenas un cinco por ciento de los pacientes los reportan.

El viejo guardó silencio. Su tono de voz había caído al nivel más bajo.

—¿Sigue ahí, caballero?

—Sí, doctor, sigo aquí. –El llanto era inminente–. Tengo miedo.

—No tenga miedo. El medicamento no lo va a embobar ni nada por el estilo, sólo lo va a equilibrar. –El especialista al que entrevistaron había insistido mucho en ello. Samuel Tobón imitó su movimiento, un recorrido lento por debajo del mentón, la palma hacia abajo, paralela a la mesa.

—Cálmese. Sus problemas tienen solución –insistió.

—¿Está usted seguro?

—Completamente.

Cada respuesta lo convencía más de que cumplía con una obra de caridad.

—Le diré a Ana Mercedes que hablé con usted. Se pondrá muy contenta.

—No, no le diga eso; yo...

—Tiene razón, va a pensar que no es usted muy profesional. Le diré que fui a su consultorio. Y voy a ir. ¿Debo llevar todos los exámenes?

—No sé si sea necesario.

—Bueno, si no quiere no se los llevo. Yo lo entiendo, no se preocupe –recobró la firmeza–; debo ir donde el internista y donde el

dermatólogo y donde el urólogo. Usted es un psiquiatra y nada más; no crea que voy a permitir que me toque la próstata –recalcó-. Para usted soy una simple depresión –articuló las palabras con desprecio.

—Disculpe, pero...

—Adiós, doctor.

Samuel Tobón escuchó el golpe del auricular. Unos segundos después reacomodó sus lentes y también colgó.

543 Minutos, 21 Segundos

A História é feita de gente morta
e o futuro de gente que vai morrer.

Rubem Fonseca,*O Cobrador*

10:35 a.m.

Marta Cecilia aceleró los veinte metros que la separaban de la puerta. Hacía media hora trotaba por las calles del barrio, como casi todas las mañanas. Sacó las llaves del bolsillo de la sudadera y abrió. Atareada, su madre le sonrió. El olor del café impregnaba la casa de dos habitaciones, sala, baño, cocina con barra-comedor y un espacio que miraba al patio, en el que convivían el lavadero y algunos materos. Un muro bajo y una cerca con alambre de púas lo separaba del de los vecinos.

—¿Cómo le fue, mija? Está ardida.

—Es que está haciendo mucho sol, mamá. Voy a ducharme.

Fue a su cuarto, se quitó todo, lo arrojó a un rincón y sacó del armario la levantadora de tela de toalla y las chanclas. Al salir, su madre la interceptó:

—Tómese este juguito, mija.

Marta Cecilia esperaba el ofrecimiento, era parte de sus rutinas. Una sensación helada refrescó su garganta tan rápido que por poco se pierde el sabor del lulo, una de sus frutas favoritas. Devolvió el vaso a su madre, entró al baño y se desnudó. Era uno de sus momentos preferidos del día. Ajena a las ideas de higiene o limpieza, con los ojos cerrados, disfrutaba la sensación de aislamiento generada por el vapor y el sonido del agua; el tránsito del jabón de un rincón a otro de su

cuerpo era un automatismo incorporado al placer del baño caliente.

Cerró las llaves y envolvió sus cabellos en una toalla; con otra comenzó a secarse. La campanada del reloj de la sala anunció la hora.

—Esa levantadora ya está de botar. –La recibió su madre al salir del baño.

—No exagere, mamá.

—No exagero. Cómprese una cuando tenga oportunidad. –Se acercó y le ofreció una taza de café con leche.

—¿Cómo durmió, mamá?

—Muy bien, mija; ni la oí cuando se levantó. Es que esas pastas me provocan mucho sueño.

—¿Y sí le han quitado la tontina y el zumbido de los oídos?

—Yo creo que sí, mija, yo creo que sí. Su papá llamó anoche.

—¿De dónde?

—De Cúcuta. Ya va a terminar la correría. Parece que le fue bien con las ventas.

—Ojalá. –Terminó el café y acarició la espalda de su madre–. Está engordando, mamá. El médico le dijo que no podía engordar.

—Es que yo estoy muy vieja –justificó los kilos de más que daban a su rostro la apariencia saludable de una luna llena.

—Ni tanto, mamá, ¿usted cuántos años tiene?

—¿Y es que no sabe?

—Yo sé cuándo cumple años pero no cuántos son.

—Muchos, mija, muchos –afirmó, socarrona.

—Tiene que cuidarse. –Retiró la toalla de sus cabellos y terminó de secárselos.

—¿Va a desayunar?

—No, mamá, ya vienen por mí. Además anoche comí mucho, todavía estoy llena.

—Ya le he dicho que no coma tanta basura en la calle. –Movió, acusador, su índice–. Si tuviéramos un microondas yo le hacía todo más rápido, y no se me iba con hambre.

—Yo no me voy con hambre.

—Doña Liliana compró uno y está feliz –insistió–. Además, por lo que me dijo, son hasta baratos.

—¿Y usted misma no me dijo que dan cáncer?

—Eso eran cuentos que me echaban a mí. Es que a la gente le dan miedo las cosas que no entiende.

—¿Y usted sí entiende, mamá?

—Pues no mucho, pero lo suficiente. Lo mejor es que ese aparato ahorra mucha luz, que esa cuenta es la que nos está matando.

—¿Y el gas, pues?

—Eso hay semanas que no se consigue, mija.

—Voy a vestirme, que ya vienen a buscarme.

—Vaya póngase bien bonita. –Le dio una palmada en las nalgas.

Marta Cecilia volvió a su cuarto todavía riendo. Se puso el bluyín nuevo, más delgado que los otros, y una camisa gris muy clara de manga sisa. Consciente de sus obligaciones del día, escogió unas medias tobilleras de hilo y unos zapatos bajos de cuero negro. Se aplicó protector solar, algo de maquillaje y corrió a lavarse los dientes. Unas gotas del perfume que Saúl le había regalado el día del Amor y la Amistad, aromaron su cuello; el espejo le devolvió una imagen lozana, ya sin el intenso rubor que le provocaba el ejercicio. Cuando pensaba en recoger sus gafas oscuras sonó el timbre de la puerta.

10:41 a.m.

—¿Para qué me despierta, güevón? –protestó Roger.

Una carcajada le respondió del otro lado de la línea:

—¿Ya está listo?

—¿Y para qué voy a estar listo tan temprano?

—Necesito que nos veamos antes.

—¿Pasa algo malo?

—No, todo va según lo planeado, pero necesito verlo antes, hermanito.

—¿Ya?

—No. A las doce.

—¿Dónde?

—Si quiere cerca de su casa, para que no se agote. En el Capablanca. Lo invito a un chico de billar.

—¿A tres bandas? –Roger nunca olvidaba las palabras de su padre:

"El billar libre es un vicio de muchachos que se vuelan de clase, el billar a tres bandas es el placer de los reyes". Le disgustaba la mayoría de las otras razones por las que lo recordaba.

—Como quiera.

—¿Ya cuadró a la hembrita?

—Voy para allá.

—Esa vieja es poderosa.

—Por eso la escogimos.

—Listo, Mendieta. Entonces allá nos vemos. –Colgó.

Miró el radio-reloj y maldijo. Le gustaba despertarse despacio, permanecer acostado unos minutos, muy quieto, con los ojos cerrados, como si fuera a dormirse otra vez. Abrió el cajón de la mesa de noche y buscó una aspirina. Se levantó, evitó la estantería que dividía su apartaestudio y pasó a la cocineta. De la nevera sacó una cerveza y una botella de Gatorade. Las mezcló en una olla y poco a poco bebió lo que él consideraba el mejor remedio contra el guayabo. Una parte del líquido cayó sobre su pecho. Sin soltar la olla se acercó a la ventana: la ciudad subía desde una planicie que a esa hora comenzaba a cubrirse con una nube amarilla que los aviones perforaban cada diez minutos. Con frecuencia los observaba, intentando adivinar sus destinos con base en las direcciones que tomaban. Siempre se le ocurrían las mismas tres o cuatro ciudades: Nueva York, Madrid, La Habana, Rio, aunque no sabía por qué. Intentó pensar, ubicarse; algo en la piel le dijo que el sol pegaría fuerte durante el día. Su mirada abarcó los restos de la juerga de la noche anterior: botellas vacías, ceniceros rebosantes de colillas de cigarrillo, dos empaques de papas fritas. Sintió el llamado de sus intestinos. Le gustaban las cagadas perfectas, ésas en las que quedaba convencido de que lo evacuaba todo. Para lograrlas se tomaba su tiempo, por eso había revistas sobre el tanque del inodoro, pero cuando bebía, la urgencia resolvía el problema de una manera torrencial. Fue lo que ocurrió. Satisfecho, se duchó y afeitó rápido, y salió del baño con una toalla amarrada en la cintura. Pensó en Alicia. Tomó el teléfono y la llamó.

—Hola.

—Hola –pronunció con sequedad una voz femenina.

—¿Todavía estás enojada conmigo?

—Y por mucho tiempo.

—Ven esta tarde, te invito a almorzar, ricura.

—¿Qué va a pedir?

—No sé, lo que quieras.

—Por una vez en la vida usted podría hacerme algo –enfatizó.

—De acuerdo, pero si mejoras el genio.

—Eso no lo puedo garantizar.

—No importa, ven.

—¿A qué horas?

—Tengo que salir a hacer algo. Yo te llamo.

—No me deje esperando, como siempre.

—Te juro que no, ricura.

—Lo de ricura ya lo veremos. Espero la llamada. Chao. –Cortó Alicia.

Roger jugó con el teléfono unos momentos. Se paró indeciso; cuando vio que su abdomen sobrepasaba el borde de la toalla, se irguió hasta aplanarlo. “La cerveza”, pensó. Miró el radio-reloj, lo ajustó para que se encendiera a las once y cuarenta y se dejó caer en la cama. Ya cerca de la inconsciencia, se cobijó.

11:26 a.m.

—¿Lo tiene todo claro?

—Sí, profe –le respondió Marta Cecilia a Mendieta. Su presencia le inspiraba mucho respeto.

—Cuénteme.

Estaban parqueados a cien metros de la circunvalar, en un paso ancho del camino a la vereda El Tempranillo, donde los enamorados solían detenerse.

—Voy al Megacentro Babilonia, entro a los parqueaderos subterráneos y en el primer nivel busco el sector D y parqueo ahí.

—Cerca de una columna.

—Cerca de una columna, sí profe.

—¿Qué sector?

—D, profe.

—Muy bien. ¿Y después?

—Me quedo toda la tarde, bajo a los parqueaderos a las siete y quince de la noche y espero a que llegue el Roger.

—Muy bien: ¿y qué se va a quedar haciendo allá? –El bigote y la barba de Mendieta lo hacían ver más viejo y más serio de lo que era.

—Me voy a entrar a cine –respondió Marta Cecilia después de pensarlo un momento.

—Compre algunas cosas y las baja en un carrito para que disimule en el parqueadero. Ése es el momento crítico, reinita, mucho cuidado. De todos modos a usted no la pueden culpar de nada. Aquí le mandaron los jefes –sacó un pequeño maletín de debajo de su asiento y se lo entregó–; son dos paquetes, no se enloquezca. El resto se lo entregamos mañana.

—Después de que llegue el Roger, ¿qué? –preguntó Marta Cecilia.

—No se me acelere. Usted preocúpese primero de parquear bien y de estar lista a las siete y cuarto. Él va a llegar en un Mazda rojo de los viejitos, no se le olvide.

—No se me olvida, profe.

—Apenas lo vea, usted saca su carro para que él parquee, y se va. Nada más. No espera nada. ¿Está claro, reinita?

—Sí –asintió.

—El carro lo deja donde quiera, ojalá en una de las salidas de la ciudad, que crean que la recogieron y se fue para otra parte. ¿Alguna pregunta?

—¿Dónde recojo el carro?

—Es éste –golpeó Mendieta la consola–. Si le piden los papeles, están en la guantera. Revíselos para que sepa qué contestar. ¿Alguna pregunta?

—No, profe.

—¿Lleva algún arma?

Marta Cecilia abrió su bolso y sacó una pistola.

—Démela, no la va a necesitar. Se la cambio por este celular. Si suena, contéstelo; si ve algo raro, que las cosas no marchan, llámeme al único teléfono que aparece en la memoria. –Se lo entregó–. Cambiemos de puesto.

Abrió la portezuela, sacó las piernas y se agachó para revisar los cordones de sus zapatos; uno de los nudos no lo satisfizo y lo volvió a amarrar. Entonces se levantó.

—Deme su reloj –le exigió ya sentado al otro lado. Lo sincronizó con el suyo y se lo devolvió–. No lo vaya a mover de ahí.

A Marta Cecilia le gustó el sonido del encendido, la sensación de potencia que le transmitió la palanca de cambios. Dio vuelta y transitó despacio por el camino de tierra. Aceleró no más tomó contacto con el asfalto de la circunvalar.

—¿A dónde lo llevó?

—Lléveme al centro, reinita.

12:02 p.m.

Gracias a las precauciones de Mendieta, coincidieron en la entrada del Club Ajedrecístico Capablanca. Sólo cinco de los quince billares estaban ocupados; atrás se atestaban el bar y las veinte mesas de ajedrez que justificaban el nombre del sitio. Goyeneche repetía sus canciones desde los altavoces. Pidieron dos cervezas. Roger escogió el taco sin prisas.

—¿A cuántas?

—A veinticinco –propuso Mendieta.

—¿Está de afán, o qué? –Roger apuró media cerveza de un envión y comenzó a acariciar las bandas, a sentir su calor, la textura del paño. Entizó el casquillo y dio una vuelta completa:

—Abra usted.

Mendieta puso las bolas en la posición inicial y falló su primer lanzamiento.

—Esto va a estar más fácil de lo que pensé. –Se acercó Roger y tacó. La bola blanca golpeó las dos bandas en un ángulo, cruzó la mesa en diagonal, rebotó en la tercera banda y sin prisas encontró las otras dos bolas.

—Muy bien –admitió Mendieta–. Está mejorando. Ya no necesita mis lecciones.

Roger sonrió:

—¿La hembrita está lista?

—Lo espera a las siete y cuarto.

—¿Y el regalo? –se inclinó sobre la mesa.

—Gómez lo tiene en esta dirección. Lo espera a las cuatro. –Le entregó media hoja de cuaderno.

Roger la leyó durante quince segundos y se la comió. Era conocido en el grupo por su buena memoria y por ese hábito de seguridad.

—Después de la fiesta yo me voy a pasar una temporada en el campo.

—Me parece muy bien. ¿Ese reloj es nuevo?

Roger lo desprendió de su muñeca izquierda y se lo entregó.

—Bonito, pero no parece de muy buena calidad.

–Lo manipuló.

—Entonces devuélvamelo.

—Si a la hembrita le ponen algún problema yo lo llamo al apartamento. –Mendieta había vuelto a fallar–. Hermanito: ¿a usted por qué le gusta tanto jugar de esto conmigo?

—Usted fue el que me invitó.

—Sí, claro, para que se moviera.

—Güevón, pero si este juego es muy fácil: es pura física. ¿Para qué le sirvió estar tanto tiempo en la universidad?, ¿ah?

Mendieta evaluó la posición y se concentró para aprovechar su turno. Las bolas no respondieron. Frustrado, se agachó a amarrarse los zapatos.

—Vea lo fácil.

Roger entizó el casquillo, formó ángulos con el taco mirando a Mendieta y se agachó. Entonces dio el golpe. La bola blanca buscó las bandas y apartó sin esfuerzo a su gemela; luego rodó con suavidad, casi con displicencia, hacia su destino último.

12:23 p.m.

El tránsito lentísimo hacia la caseta de ingreso permitió que Marta Cecilia observara con cuidado el ritual que los vigilantes seguían con los vehículos: registraban la hora y la placa en una planilla y entregaban un desprendible al conductor. Nada más. Unos minutos antes habían revisado la carga de un camión, pero dejaban pasar los automóviles sin ningún trámite. En la mañana, antes de la ceremonia de inauguración,

debieron ser más cuidadosos, pero las personalidades ya se habían ido. Una cámara recorría permanente unos noventa grados desde lo alto de la caseta. Maldijo haber olvidado sus gafas oscuras.

—Bienvenida al Megacentro Babilonia. Gire a su derecha, por favor –le indicó el guardia.

—Muchas gracias –respondió y puso el recibo sobre la consola.

Seiscientos metros después halló la rampa para bajar a los parqueaderos. Encendió las luces. Abajo la congestión era menor, la gente prefería buscar un sitio en la superficie. Tardó un segundo en entender la señalización. Condujo entre las columnas y los otros vehículos en busca del área D. Haciéndolo, cruzó frente a un puesto de control: el guardia conversaba con una de las aseadoras, descuidando los monitores. Se detuvo para reorientarse y le pitaron desde atrás. Ciento cincuenta metros después estaba el área D. Había un espacio al lado de una columna. Lo sobrepasó y entró en reversa.

Satisfecha, tomó los fajos de billetes del maletín que le entregó Mendieta y los pasó a su bolso, también el celular. Revisó lo que había hecho: por grande que fuera el Mazda rojo, tenía que caber en ese espacio. Con disimulo inspeccionó el techo y las columnas: había varias cámaras. Cerró la puerta y la cebra amarilla la llevó hasta el ascensor. A la salida esperaba un payaso que les regalaba hipopótamos flotantes a los niños y una modelo que le entregó un plegable con información varia y el mapa del centro comercial. Desde el fondo del corredor llegaban los acordes de una canción tradicional colombiana de la que desconocía el nombre.

Caminó hacia un almacén de artículos ópticos. Preguntó por unas gafas oscuras que había en la vitrina. El precio era excesivo. Se las midió: perfectas. Metió el estuche en el bolso y pagó.

—¿A nombre de quién hago la factura?

—Teresita Lopera. –Usó el nombre de una antigua condiscípula, ya fallecida.

—¿Su cédula?

—30.901.412 de Neiva.

—Si llena este formato y lo deposita en las urnas que hay en los corredores, puede ganar el triple del valor de su compra –le explicó la

vendedora–. Que pase buena tarde.

Quince metros después lo arrojó en un basurero.

1:22 p.m.

Roger cerró la puerta del apartaestudio y saltó hacia el teléfono. Marcó:

—Hola, ricura.

—Yo pensé que me iba a dejar morir de hambre.

—Ya, Alicia –protestó–, no sigas tan brava conmigo

—Es que eso es lo que usted se merece.

—¿Entonces vienes o no?

—Espéreme en quince minutos. Que el almuerzo sea bueno –exigió.

—De lo mejor, ricura. Te espero.

Roger cortó la comunicación y marcó de nuevo. Pidió un arroz chino y una docena de cervezas. Sin pérdida de tiempo escondió o eliminó los rastros de la juerga de la noche pasada. Metió en una bolsa toda la basura que encontró, tendió la cama y abrió las ventanas para que los malos olores se fueran. Después cepilló sus dientes y se aseguró de tener condones en la mesa de noche. Una idea surgió en su mente: tomó un cuchillo de la cocineta, salió al corredor y cortó algunas flores del matero que recién había puesto la administración del edificio. Entró y las puso en agua en una botella que rescató de la basura. A continuación dispuso lo mejor que pudo la mesa de comedor: ya que no había cocinado, podía dar alguna ceremonia al arroz chino. Cuando recogía las cortinas para que el apartaestudio ganara luz, sonó el timbre de la puerta.

—Sígase, ricura. –Intentó besar a Alicia. La mujer lo evitó.

—No me toque. ¿Y el almuerzo?

—Ya llega.

—Usted no va a cambiar nunca. –Se sentó en la cama. El labial rojo, aplicado en demasía, eclipsaba su rostro.

—Le puse flores –anunció Roger con cara de circunstancia.

Alicia se levantó:

—Quién sabe de dónde se las robo. ¡Y qué tal el florero! –Tomó la botella.

Dos timbrazos largos cortaron la réplica de Roger. Abrió y pagó. Dejó sobrre la mesa la caja envuelta en papel marrón y las cervezas.

—Listo, ricura.

—No, pues, qué esfuerzos –recalcó las palabras.

—Los que te mereces –respondió irónico.

—Descarado –rió Alicia.

Roger se disponía a servir cuando sonó el teléfono.

1:41 p.m.

Marta Cecilia había recorrido buena parte del Megacentro Babilonia. En la vitrina de un almacén de artículos deportivos vio una camiseta roja que le gustó para Saúl. Entró y preguntó por su valor. Sin que se lo pidiera, la vendedora le mostró las opciones de estilo y color de las que disponía.

—Quiero la roja –se sostuvo.

—Es muy bonita. ¿Va a pagar en efectivo o con tarjeta?

—En efectivo.

—¿Se la empaco en papel de regalo?

—Sí, por favor.

—Para usted también hay camisetas muy bonitas, para que estrenen los dos.

Marta Cecilia lo pensó un momento:

—Muéstremelas.

Permaneció en el almacén otros quince minutos pero no compró nada más. Tenía hambre. Pagó y se dirigió a una de las áreas de alimentación. Escogió un lugar donde prometían las mejores pizzas del universo. Pidió una de pollo con anchoas y una limonada. Mientras esperaba intentó ubicarse, saber a qué distancia del sector D se encontraba. Detuvo su atención en dos o tres personas e intentó imaginarles historias a partir de su ropa y su actitud, de las pocas palabras que les oía. Pensó que alguien como el profe, una persona estudiada e inteligente, lo haría con mayor facilidad.

Cuando recibió el pedido se concentró en la pizza. Le fascinaba el sabor de las anchoas pero las comía muy pocas veces. Pensó en su madre: la contrariaba mucho almorzar sola y olvidó avisarle que no

llegaría. Estaba segura de que ella nunca había comido anchoas, debía invitarla alguna vez. En la heladería de al lado, alguien preguntó qué era un Moby Dick y un niño le exigió a su madre una paleta Robin Hood de mandarina; a un hombre se le cayó el helado y protestó a otro por el empujón.

Marta Cecilia se fue al hipermercado a buscar el microondas para su madre.

2:48 p.m.

Alicia llenó su vaso y en lugar de beber, arrojó la cerveza sobre Roger, que aún comía.

—¡Qué te pasa! –protestó con el tenedor y el cuchillo en las manos, a medias de pie.

—Nada. –Se acercó Alicia y comenzó a lamerle la cara.

Roger soltó los cubiertos y la abrazó. Tras un beso largo y profundo, la empujó contra la mesa y la ayudó a sentarse; entonces se agachó, le abrió las piernas y metió la cabeza bajo su falda. Una risotada extraña, mezcla de alegría y excitación, fue la respuesta; Alicia se libró de la camisa y del sostén y adelantó el pubis.

Roger apartó la tanga con los dedos y se encontró ante un sexo descuidado, con el vello extendiéndose hacia los muslos y la cintura. Consciente de la presión sobre su cabeza, hundió su lengua en la vagina; un minuto después se incorporó, liberándose de las ropas. Alicia lo ayudó con la correa; cuando tuvo el pene en sus manos se arrodilló y comenzó a mamarlo con un énfasis quizá excesivo.

—Me estás lastimando –protestó Roger y la obligó a pararse.

—Me gusta que te duela –explicó.

—A mí también me gusta que te duela.

Alicia sintió que le daban la vuelta y quedó boca abajo sobre la mesa. Sorprendida, percibió que algo empezaba a hurgar en su culo.

—No lo hagas –contuvo el grito.

—¿Qué no hago?

—Eso.

—Cobarde –gritó Roger y se hundió con fuerza en su vagina.

3:18 p.m.

Marta Cecilia se dirigió a los cinemas. Necesitaba distraerse, dejar que el tiempo pasara. Revisó las carteleras y optó por una película con Sean Connery, *Nickel Odeon*. No sabía nada de ella pero le había gustado mucho el actor cuando hizo el papel de un espía que tenía que entrar con unos comandos a una prisión de la que se había fugado, para salvar a una ciudad de unos militares locos que la querían bombardear.

Compró una botella de agua. Cuando iba a ingresar se dio cuenta de que en la puerta revisaban los bolsos de las mujeres y recordó los fajos de billetes. Abandonó la cola y buscó un baño. En la bolsa del regalo para Saúl metió una parte del dinero, otra la enrolló en el estuche de las gafas y el resto lo escondió en el bolso. El guardia le pidió que lo abriera con un desinterés que la hizo arrepentirse de las medidas que había tomado. Se sentó en la fila más cercana a la salida. Pensó en su madre, siempre encerrada. ¿Por qué nunca la invitaba a cine?

La proyección se inició imitando la cuenta regresiva de un rollo fílmico: cinco, cuatro tres, dos, uno.

3:50 p.m.

Dejó a Alicia en su casa y se dirigió a la dirección que le había dado Mendieta, pero le pidió al taxista que se detuviera tres cuadras antes. Caminó. El Mazda rojo estaba allí pero no Gómez. Cuando comenzaba a asustarse lo vio sentado en un banco del parque aledaño.

—Oyendo cantar a los pajaritos. –Lo acompañó.

—Algo así.

A Roger lo preocupó el tono de voz y se levantó.

—No se asuste, no pasa nada –rió Gómez.

—Tan chistoso, güevón.

—Es que como usted es tan sobrado, siempre es bueno joderlo de vez en cuando. Le hago entrega oficial de las llaves.

—¿Dónde están los explosivos?

—Dónde no están. Si le esculcan, se jode. ¿Lleva fierro?

—Mendieta me dijo que no llevara.

—Y si lo agarran, ¿cómo se va a suicidar?

Roger le propinó a Gómez un fuerte codazo en las costillas:

—Con uno de sus chistes. –Se levantó y caminó hacia el Mazda.

5:21 p.m.

Sean Connery ha muerto, y un famoso director de cine que fue muy amigo suyo años atrás, regresa para su entierro. El teatro en el que trabajaron juntos lo van a demoler precisamente ese día. En el cortejo mortuorio lo acompañan muchos de sus viejos conocidos, las personas que fueron importantes para él durante su infancia. Marta Cecilia conoce al actor negro que hace el papel, pero no recuerda su nombre. Cuando están pasando frente al teatro, estallan las cargas de dinamita. La calidad del sonido es impresionante, la mayor parte del público se estremece.

6:12 p.m.

Roger se puso al final de la cola. Al acelerar, el motor protestó por el peso excesivo. La congestión era mucha. De ser necesario, estaba preparado para estacionar en un lugar distinto al que le tenían reservado.

Pensaba salir caminando por el portal norte y subirse a un bus para cualquier parte.

7:01 p.m.

Marta Cecilia bajó al parqueadero. Cuando puso el microondas sobre el asiento del copiloto, apareció el Mazda rojo. Un coro de sirenas acompañó su regreso a casa.

Infestación

—Este cuento tiene piojos –dije a mi mujer.

—No te creo.

Vio las liendres.

—Hay que motilarlo.

—Tiene palabras que me gustan mucho.

—Tú y tus palabras –suspiró–. Úntale petróleo.

—¿Petróleo?

—Eso hice con los niños.

—¿Y si se intoxica?

—Los niños no se intoxicaron.

—Son fisiologías distintas.

—Cuidas demasiado tus cuentos. Relájate.

Bajé la cabeza.

—Cepíllalo y lávalo. Cepíllalo y lávalo hasta que le salga toda esa inmundicia –gritó rumbo a la cocina.

Lo hice, juro que lo hice.

De música ligera

A Aimar Labaki

Al regreso del taller recogí a Catalina en la portería del edificio, como había prometido. No dije nada porque trabajara un sábado por la tarde y la dejé frente a su oficina. En la mañana tuvimos una discusión bastante tonta, era mejor ser prudente. Ofrecí recogerla en la noche, pero se retiró de la ventanilla. Nos encontraríamos en el apartamento: "Lo prefiero", afirmó, y vi sus piernas superar las escaleras de granito con ligereza.

Después de unas cuadras metí el carro en un parqueadero y sin muchos deseos de hacer algo compré la entrada a cine. El globo terráqueo de la Universal terminó su circunvolución rutinaria y la cámara me precipitó al mar. Vi *Waterworld* entre distraído e interesado. Kevin Costner respira bajo el agua por unas branquias situadas detrás de sus orejas y, aunque se enamora, al final deja Tierra Fi me porque es un mutante, ya no es un ser humano.

Cuando salí del teatro casi era de noche. En un carrito de dulces compré una caja de chicles y me embutí tres pastillas. El sabor de la canela se pegó a mi boca con deseos de quemar pero la sensación pasó y como el centro no tenía nada para mí, caminé hasta el edificio de parqueaderos y lo abandoné oyendo las noticias: un ataque guerrillero, p queños escándalos en la gobernación, los problemas políticos del alcalde de Bogotá, líos entre las estrellas de una telenovela, cosas normales. La gente intentaba subir a los buses, algunos con apuro, convencidos de la proximidad de la lluvia. El alumbrado público se

encendió: mientras algunas farolas tenían un cansado tono rosa, otras brillaban con fuerza. Frente al hotel Colonial esperaba una rubia de unos dieciocho años. Me impresionó su cabello; era largo y parecía demasiado claro para ser verdadero. El bluyín le ceñía bien la cadera quizá un poco ancha y la camiseta blanca, elástica, dejaba a la vista el ombligo. Disminuí la velocidad cuando pasé a su lado. No esperaba una cara tan brusca, como si cada línea la hubieran corregido con un lápiz de punta demasiado gruesa. No obstante me atrajo, había algo vulgar en ella. Examinó el carro con esperanzas pero aceleré de inmediato

Resulta divertido recorrer la avenida sin destino fijo, gastando el tiempo y la gasolina; el motor respondía perfe to después de la revisión. Pasando cerca de la antigua estación del tren viré en U en el semáforo y me acerqué al centro comercial a curiosear. Bajé al parqueadero subterráneo para evitar la carrera de obstáculos: así denomina un amigo al esfuerzo de superar a los pordioseros y los vendedores ambulantes, siempre al asedio en la entrada principal.

En un almacén de ropa deportiva hay una cachucha de Los Angeles Lakers muy atrayente. En uno de los de regalos y otras chucherías vi un espejo rectangular de mediano tamaño con un mensaje llamativo: "Cuando sabía todas las respuestas me cambiaron todas las preguntas". Las vitrinas del negocio de artículos importados del segundo piso vibraban con el CD de Aerosmith; ensayaban un equipo de sonido y al mismo tiempo ahuyentaban a los curiosos más susceptibles. Steven Tyler repetía con desgano "JSanie's Got a Gun". Esa canción le gusta a Catalina.

El hambre me impulsó hasta el tercer piso. Allí sigue uno de mis sitios preferidos de cuando no salíamos juntos, Giorgio's Pizza. Cuando pregunté: "¿Tienes algo especial para mí?", la mesera ni se interesó. Pedí una pizza mini de anchoas y champiñones. Catalina odia la pasta y yo dejé de comerla por consideración con ella.

Aunque se tardaron en traerla, las anchoas no podían estar más saladas. Bebí la cerveza despacio, entretenido por el flujo de la gente y los carros. La música era de ésa de orquesta elegante; un amigo la llama "esterilizada". En la mesa de al lado discutían sobre si es mejor el

Subaru Legacy o el Toyota Lexus. Me gusta el Citroen Xantia, prefiero los franceses a los japoneses. Catalina pronto comprará uno. Cuando me paraba, los estúpidos se dividían entre Meg Ryan y Demmi Moore; había sonado el tema musical de Ghost. Es superior Sharon Stone, consigue cuanto quiere.

La noche resultaba agradable: aún con la neblina sobre las montañas, la temperatura no descendió mucho. En la peluquería al frente del ascensor, típica de homosexuales, se acababa el noticiero de las siete y media. La presentadora se veía tan bien como siempre, seria pero casi sonriente, su ropa impecable. Decidí tomarme unas cervezas. Volví a la superficie y aceleré no más el semáforo estuvo en amarillo pero me adelantó un Honda Accord de color indefinible. Fue irritante. El nombre de la peluquería es muy especial: Cutícula

En Descarrilados me recibió el solo de batería de In-A-Gadda-Da-Vida. No llegaban aún los clientes y el dueño deliraba con los diecisiete minutos y pico del disco de Iron Buterfly. Ordené. El bar parece sucio: en las paredes y las sillas noté los estropicios del uso. Al unicornio de la pared del fondo se le está borrando la punta del cuerno y tiene una herida de humedad en el pecho. Después de una canción de los Rolling Stones y otras dos de quién sabe quien, dejé el sitio sin visitar la planta baja: no estoy interesado en esconder nada en mi nariz por ahora.

En Saxo & Sexo sonaban los éxitos de Carlos Vives y dos muchachos bastante jóvenes, borrachos, insistían en bailar imitando los pasos de una danza folclórica incongruente con la canción. Comenzaron a beber muy temprano o bebían por primera vez, pensé. La terraza, tan iluminada como un árbol de navidad, estaba desierta. Ni siquiera bajé del carro.

Las cosas mejoraron en París Café. Fue sencillo parquear. Estaban alternando a Charles Aznavour con canciones de la Vieja Nueva Ola y los presentes tenían una apariencia relajada. Tomé otra cerveza y dejé al barman hablar: al poco tiempo percibió mi indiferencia ante el fútbol y consideró cumplido su deber. Las luces de neón brillaban ociosas, también zumbaban como es habitual. Los carteles históricos de Coca-cola, exhibidos en las columnas, han perdido brillo y encanto con el tiempo. Pagué cuando Adamo acometió La noche y caminé hasta mi

próxima escala dos cuadras más arriba.

En Caballo Loco unieron varias mesas y unas veinte mujeres recién salidas de la adolescencia gritaban y se reían con inclemente felicidad. Entre todas contabilicé cuatro bustos apetecibles, seis pares de nalgas interesantes, tres celulares y dos conjuntos notables: una chica con cara de Barbie, buena para nada en tres años, y una morena demasiado segura de su belleza. Desde la cabecera de la mesa me sonrió la hermana de un compañero de negocios. Me senté en la barra y agregué dos empanadas al pedido. El televisor de sesenta pulgadas estaba sintonizado en un concierto de Queen con cantantes diferentes al extinto Freddy Mercury. El escenario lo ocupaba un desconocido para mí.

Antes de volver al carro revisé de nuevo París Café: Aznavour seguía dominando al auditorio de sillas metálicas pintadas de rojo. Una mujer madura, vestida para el gimnasio, pasó trotando con la cabeza muy hacia adelante, como si estuviera a punto de caer.

La radio volvió al accionar el encendido: un funcionario judicial recitaba decretos o algo así, convencido de fascinar a todo el mundo. Busqué una emisora musical y me quedé en donde Gloria Estefan cantaba "Don't Wanna Lose You Now". Conduje hasta Juan Sebastián Bar. Tato limpiaba ceniceros cuando entré. Han cambiado la distribución de las mesas pero no es nada sustancial. Me saludó con la cabeza y preguntó por Catalina; respondí con una frase cualquiera. Me sirvió una cerveza. "Hotel California" atronaba en su versión antigua, con toda la electricidad. "Some dance to remember, some dance to forget", canté sin darme cuenta. "Yo no bailo: los hombres duros no bailan", dice Norman Mailer", ensayó Tato una conversación pero le contesté levantándome. "Cortesía de la casa. A ver si se repite la visita", sonrió, señalando la cerveza, "¿quieres un taxi?". Le enseñe las llaves del carro.

Recorrí la avenida abusando de la velocidad, aburrido. Me detuve ante los bares acostumbrados pero estaba seguro de toparme con amigos mutuos y comenzarían a preguntar, a interesarse en un tema intrascendente, nada importante para ellos: Catalina y yo.

Intenté en Bar Rock Co., un sitio marginal a nuestros intereses pero

la música estaba a demasiado volumen y era sólo house. La mayoría de la clientela es muy joven y me sentí fuera de lugar. Cuando salía me crucé con un viejo conocido cuyo nombre no recuerdo. Traía un cuarto de brandy en una bolsa de papel y me obligó a beber. “¿Vuelves?”, preguntó vacilante. “Vuelvo”, respondí.

Mis luces bajas vigilaban el pavimento. De la radio emergía la voz de Phil Collins y el tráfico estaba perfecto. Tardé unos treinta minutos en llegar hasta la salida de la ciudad y quise seguir y seguir pero me estaba quedando sin gasolina. De regreso paré en el cajero automático: no pudo leer la tarjeta. Pagué un cuarto de tanque ajustando con monedas y volví al apartamento por la vía más corta.

El portero del edificio demoró una eternidad en abrir la puerta del garaje y no le importó mi protesta. Subí los escalones de dos en dos y al entrar accioné el contestador automático: dos amigos para invitarnos a una fiesta, la prima de Catalina preguntando si iré a la finca de la familia a arreglar unos problemas con los trabajadores; un mudo o una muda, vaya usted a saber: pura estática telefónica. La cama matrimonial intacta, ningún rastro de Catalina.

Prendí el televisor. Telenovela mejicana, película de acción con Lorenzo Lamas, telenovela colombiana, programa de concurso español, una película de trei ta años atrás: ni en esa época debió ser buena; telenovela venezolana, Cristina Saralegui agrediendo a un grupo de gente, cámara escondida original y la argentina, etc., etc., etc.; lo habitual. Me detuve en un canal peruano: pasaban un video de Soda Stereo; Cerati cantaba “De aquel amor de música ligera, nada nos libra, nada más queda” con el grupo flotando sobre un fondo de flores marchitas, pétalos y semillas cayendo, todo muy dinámico. En USA transmitían Un Hombre-Lobo americano en Londres. La película me gustó cuando era adolescente y repetí el final de pie, en medio de la habitación, con el control remoto en la mano: dos jóvenes norteamericanos se van a caminar Europa y una noche en Inglaterra son atacados por el Hombre-Lobo. Uno muere pero al otro lo rescatan. Ya fue mordido y queda infectado por la maldición. En el hospital se enamora de una enfermera muy tierna pero su amigo vuelve de la tumba para advertirle: “Debes suicidarte: no tengo con quien conversar,

la eternidad es muy aburrida; además en luna llena te convertirás en un monstruo". Su predicción se cumple y el protagonista mata a varias personas sin darse cuenta; intenta entregarse pero el policía no le cree: "Circule, usted no es un Hombre-Lobo", le dice. Su amigo lo visita otra vez y trae consigo a todas las víctimas; se reúnen en un teatro de cine porno. El protagonista está arrepentido y discuten formas de suicidio con cierto humor negro. Comienza a transformarse al anochecer y huye de la policía hacia un callejón sin salida. Está atrapado; la enfermera, también enamorada, corre hacia él e intenta convencerlo, le pide una oportunidad, "Déjame ayudarte, por favor, podemos hacerlo. Ten fe", suplica. Después de un momento de duda, la fiera hace un movimiento agresivo y los policías disparan. La enfermera llora ante el cadáver del protagonista, llora con mucha dulzura, como a mí me gustaría llorar ahora, si supiera cómo.

¿Recuerdas *Staying Alive*?

¿Que si me acuerdo? Ebriamente, claro. Con esa canción fue que se lució el trío dinámico. Eran Álvaro López, Ricardito Technicolor y Alfredo Cardona, los niños buenos del grupo en Colseñora. Cuando la moda de Travolta montaron una fonomímica de los Bee Gees que hizo historia: se vistieron todo de blanco y bailaron *Staying Alive* como unos robots, "ah ah ah staying alive staying alive, ah ah ah staying alive staying alive", alzando los brazos sin pite de gracia y moviendo el cuerpo como si estuvieran enyesados, sobre todo Cardona y Ricardito. Si hubiera tenido cámara en esa época, grabo con el zoom en close up sobre la cara de Alfredo que se veía que estaba contando los pasos y paneo hasta sus pies todos trabados. Después un plano general con las carcajadas del público. Maravilloso, wonderful. Como para un Oscar... Mentiras, sí fue un desastre, pero todo el mundo en el colegio se rió mucho y como la música era la última moda y había unos que hasta caminaban a lo Travolta, pues bien, súper. Esos tres eran muy unidos y ahora creo que ni se hablan porque Ricardito está de médico en Los Llanos y de Cardona no sé; con lo sano que era, quién sabe qué hará ese man. Mantenían peleando con Carlos Mario Duque porque se las daba de mucho con su orgullito medio güevón y éstos jodiendo con lo de que el comunismo esto y el comunismo lo otro, déle y déle no más por llevarle la contraria y sacarle canas a los curas que sufrían horrores porque sus niños mimados se estaban convirtiendo en ovejas descarriadas. Carlos Mario se ponía furioso y las orejotas se le alargaban más de lo rojas, parecía un extraterrestre de esos que salen en las series de televisión en las que a la escenografía se le nota el cartón piedra y el aserrín. Cuando le mandaron gafas se buscó unas de un oro súper que

habían sido de su abuelo que yo no sé qué, pero en todo caso de mucha alcurnia, y lo pusieron Radar, como el personaje de *M*A*S*H**, y ahí sí le cogió más odio a Ricardito Technicolor cuando el de la cagada fue Jorge Luis Buitrago, que ahora trabaja en un periódico de Tabogo y ha bregado a sacarle los trapitos al sol a Álvaro. Sigue, y un día de estos lo parten: pim, pam, pum y queda muñeco. Eso era lo que le daban ganas de hacer a Carlos Mario cuando Ricardito echaba el cuento de que John Fitzgerald Kennedy mandó matar a Marilyn porque era su amante y lo iba a perjudicar, que la CIA la mató para que no arruinara al presidente. Radar amaba tanto a Kennedy que se metió alColombo, con lo flojo que era para el inglés aunque fuera muy bueno para lo otro. Lo súper era que en el Colombo estudiaban las de La Presentación y las del Sacre y desde el patio no era sino mirar piernas en el segundo piso, piernísimas, y hasta calzoncitos a veces, si uno estaba de buenas y bien situado. Mejor dicho, zoom adentro y puros primeros planos del paraíso. Había un uniforme, el de Los Angeles, tal vez, que era maravilloso, wonderful, porque se embombaba y uno abajo quedaba en primera fila. Pero eso era pura emoción porque el que de verdad disfrutaba era el Negro Pérez, que ése sí era high life, llevaba siglos en el Colombo y de un colegio privado al otro, tenía carro, un Dodge blanco de los pequeñitos de esa época, y el man se levantaba unos programas súper, aunque le reclamaba a un profe que era casi de su misma edad que por qué siempre le tocaba a él vestir a las viejas, y bien borrachas, ebriamente, y el profe se moría de la risa. Bárbaro el Negro Pérez. El papá se le murió antes de que acabara el bachillerato y se dedicó a beberse la herencia sin pensar en nada. Después Álvaro le consiguió el puesto de chofer en el Servicio de Salud y lo nombraron para un pueblito infeliz del que no sale sino cuando trae un enfermo. Ahora usa bigote a lo mejicano y la barriga le cuelga del cinturón. Él fue el que me presentó a Claudinés en una discoteca que quedaba en los bajos de al ladito del Banco Ganadero, en un hueco donde ahora queda una fotocopiadora. Puta suerte. Pero las intenciones del Negro eran buenas, si el man era roto para invitar a la gente a tomar trago. La noche que mejor la pasamos fue cuando logró que nos acompañara Londoñito. Nosotros siempre sospechamos que Augustico era marica y una vez que

Jota Herrera encontró en su pupitre una canción de Julio Iglesias que le dedicaban, le armó un escándalo súper, pero no se pudo probar nada y los profes y los curas se hicieron los locos porque Papá Augusto era dueño del local donde quedaba un supermercado y presionaba al gerente para que sacara un anuncio de media página en el periódico del colegio, *Opinión Estudiantil*, el órgano de los estudiantes de Colseñora. Abusivo el viejo, bien rata, y el hijo mariconcísimo. Esa noche casi se come con los ojos a un man que estaba bailando con una vieja feísima pero con un cuerpazo, me acuerdo, y cuando menos pensamos se pasó moviendo el culo para la mesa de unos señores ya, uno de ellos periodista, que son locas reconocidas. Y zaz, lo señaló Buitrago: "No más dudas, muchachos". Lo raro fue que todos tiramos tranquilidad, o yo por lo menos seguí bailando con Claudinés sin fijarme en tanta mariconada y apretándola fuerte, bien entrepiernados. Eso no es cosa de uno, finalmente. Tal vez ahora con lo del SIDA y tanto marica solapado que hay aquí, todos casándose con niñas de lo mejorcito para seguir con sus muchachos al escondido y uno ahí bien contento con la perjudicada, súper, y claro, resulta pringado y ni modo de alegar inocencia, cómo. De pronto Cardona, que seguirá dándoselas de sano, aunque al man le encantaban los tríos porque también era uno de los tres mosqueteros de *Opinión Estudiantil*: Uriel Giraldo, el profe Rivas y él. Ese profe Rivas era el que más se movía: publicaba los cuentos que se iban a analizar en clase de español y zaz, tocaba comprarlo. Inventaba rifas, concursos con los marcadores del fútbol y hasta mandaba el material a Tabogo para que se lo imprimieran unos amigos que le hacían el trabajo más barato. Un buenazo, admirador de García Márquez a morir. Cuando le dieron el Nobel yo no pensaba sino en encontrármelo en la calle para felicitarlo, pero el man ya había terminado la carrera: hizo psicología de noche con un esfuerzo bárbaro, echó para los United States con una beca que le dieron y después mandó por la familia. Valioso el profe, súper. La brega con el periódico la empezó con Alfonso Décimo cuando nosotros estábamos apenas comenzando el bachillerato. Alfonso Marín era de los mayores el más buena gente y le decían así porque todo el mundo creía que se iba a ir de cura. Un man grandísimo que hablaba grueso y despacio, C-O-M-O S-I

Y-A E-S-T-U-V-I-E-R-A E-N E-L P-U-L-P-I-T-O. A Fercho Ospina, que le daban ataques de asma y la mamá lo acostaba con la cama cubierta de sábanas húmedas y con ollas de agua hirviendo al lado para que se le destaparan los bronquios, lo agarró por su cuenta y lo fue fortaleciendo. Fercho no era capaz de correr ni una cuadra sin asfixiarse y después de una tarde deportiva en que se puso muy mal lo coge Alfonso: hoy vamos a correr una cuadra juntos, hoy vamos a correr dos cuadras juntos, hoy vamos a correr tres cuadras juntos, y así, sin dejar que se mamara, hasta que le quitó el ahogo y casi lo vuelve un atleta. Súper ese Alfonso. Cuando se supo que iba a estudiar biología marina, a los curas casi les da un infarto colectivo: tremenda aglomeración en el cielo, ebriamente. Era del único que me daba pena que nos oyera hablar de porno porque ese man era un santo. Y es que contar que uno había entrado era súper. Claro que eso a todo el mundo le da pena entrar, hasta a los viejos. Hay unos que entran cuando apagan la luz y se salen antes del final, gente que no quiere que la reconozcan. Me acuerdo que hasta un curita viejo que confesaba en la catedral iba los lunes. Lo duro era esperar a que dejaran la taquilla libre y uno ahí con la angustia, recostado en la pared como si nada o estacionado en la esquina, disimulando con el man del carrito de dulces como si le fuera a comprar alguna cosa, vigilando por si algún conocido pasaba. Y apenas estaba libre, corra y háblele poquito y grueso a la señora para parecerle de dieciocho. Ella se demoraba de pura pereza, de pensar en otra cosa, de aburrida, pero uno a sufrirse el suspenso hasta que al fin, y entonces a engañar al portero, que se me quedó el documento, que véame, bigote y todo, que aquí tengo el recibo porque se me perdió y estoy esperando el duplicado, pero dieciocho años, uff, hace siglos. El único que pasaba fresco era Ricardito Technicolor que cargaba la cédula de su hermano mayor, Nacho Vélez, que se había metido a la guerrilla y andaba en el monte, por el Chocó. Él era el que recomendaba la ida porque se sabía los nombres de las actrices y cuál era la que mostraba más, la que más bueno se movía. Y uno entraba y el man hacía rato adentro, ya tenía detectado donde estaban los del San Luis y los de La Salle para sentarnos detrás cuando apagaban las luces y pegarle chicle en el pelo al que se sintiera mucha cosa, como muy crecidito, o al que

le caminara a la muchacha que a uno le gustaba. A veces eso se volvía una recocha, pero eso sí, cuando la protagonista seempelotaba, un silencio tenso, uuyyy, que como que ya estallaba. Una vez invitamos al profe Rivas y nos dijo que para qué, que eso de ver a otro güevón pasando bueno no tenía gracia. Para él que ya había pasado por todo, claro, pero para nosotros que nada, eso era todo. Había que ver al pobre Chimbín Botero. Era chiquitico, por nada un enano, y ebriamente, cómo iba a entrar a porno. Al mancito le tocaba contentarse con ver las fotos afuera del teatro y siempre se iba para la casa por la ruta más larga para revisar el mayor número posible de puestos de revistas y se paraba ahí, como quien no quiere la cosa, zoom adentro a las carátulas de viejas y preguntando por cualquier cosa, las láminas de un álbum o un número viejo de Tribilín que era yo no sé cómo, para dejar clavado el ojo un ratico, tremendo close up. Es que estaba pegado al piso el pobre Chimbín, en un primer plano cabía el man completo y sobraba. A veces, cuando tenía plata, invitaba a Ricardito Technicolor a gaseosa y pastel en el recreo para que le contara las películas. Y Ricardito le mamaba gallo primero y después le inventaba unos cuentos bárbaros, que ponían a sudar frío al pobre. Era maravilloso eso, wonderful. Ricardito le pintaba el lugar, que una casa en las montañas o en la playa y después le decía como era la actriz, rubia, alta y que tenía esto como la profe de biología y aquello como la niña del Sacre que vivía a una cuadra del colegio y esto otro como la secre que nos daba mecanografía o como la reina de belleza del año pasado pero mejor, uy, todo mucho mejor, súper. Y que llegaba a la casa del protagonista para que hicieran un negocio y empezaban a tomar vino y la falda se le corría cuando se sentaba y dejaba ver unos muslos de película, primer plano y zoom adentro para que se notaran las ligas, y también acercamiento a la parte de arriba de las tetas y cuando el man le está sirviendo más vino entra corriendo su perro pastor alemán, lo empuja y accidentalmente la baña en vino. Y el man que qué pena y secándola con una toalla no más para tocarla, close up de los pezones, duros bajo la tela mojada, y la mano del man toque que toque hasta que ella también lo toca porque ya se había notado que se gustaban y empiezan a quitarse la ropa... La quitada de la ropa

era la especialidad de Ricardito, era súper contando eso, hasta los que habíamos visto la película nos emocionábamos con la cosa y Chimbín, uuyyy, que estallaba. Yo creo que Ricardito se inventaba tomas no más para hacerlo sufrir, pero era una maravilla, wonderful. La gente se iba juntando y una vez el profe Rivas se dio cuenta y no dijo nada pero a los días resultó con que iba a hacer un concurso de expresión oral en clase y cuando salió Ricardito y le preguntó de qué quería que hablara, llega el profe Rivas y le dice: qué pasó al fin con la rubia espectacular que estaba con el conde italiano en la playa, o algo así. Súper. Ricardito se puso colorín colorado, después verde mango biche, y no hizo sino gaguear y quedarse callado hasta que sonó el timbre y el profe lo abrazó y lo invitó a gaseosa muerto de la risa. Buena gente el profe, y se fue para los United States. Si yo tuviera esa oportunidad no mando por nadie, qué va, se friega Claudinés. Pero él, a lo bien, ebriamente. Me acuerdo que cuando le pregunté que qué hacía, me dijo que no me casara, que ni riesgos, que respondiera pero sin casarme. Y en mi casa y en la de Claudinés joda y joda con que para cuando la boda. Y yo más confundido que un putas y ella cada vez peor de gorda ybien fea porque el cuerpito se le volvió una vergüenza, y después que el niño va mal y la cesárea de emergencia y un prematuro. Los dos en el hospital y el curita de allá tan amable, viejo hijueputa, nos fue casando a la carrera por la salud del niño. Eso fue a los vuelos pero yo me acuerdo como si hubiera sido en cámara lenta y con una iluminación de esas macabras de las de las películas de terror. Claro, no mejoró. En incubadora y todo se murió. Era como una ratica: chiquitico y morado. Pobre. Pues él se murió pero yo ahí sí, llevado, con la lápida a cuestas. Me gradué de puro milagro, favor que me hicieron los curas a pesar de que yo era del motón, de los de la mitad para abajo y con años perdidos. Y el tío de Claudinés que venga sobrino yo le enseño a trabajar. Y a darle con los radios y los televisores, que bulbos, transistores y demás güevonadas. Vivíamos en los bajos de los papás de Claudinés y las cosas de la casa nos las fueron regalando entre todos. Hasta que me cansé de que me prestaran plata y fui a pedirle cacao a Álvaro, que ya tenía su poder y me metió a la universidad pero a lo mismo. Claro, yo nada, los destornilladores me hablaban, ganando el

sueldo en off, de pura alegría hasta que aparecieron con la cámara, una de ésas viejitas, grandotas y pesadas, y resultó que el instructor dijo que el único que tenía el ojo y el pulso era yo, y zaz, a aprender y a grabar como loco: de día videitos de las facultades y por las noches matrimonios, primeras comuniones y fiestas de sociedad; plata para darle a los viejos que en alguna cosa hay que ayudarles después de que se jodieron tanto, porque Claudinés ni gasta, ésa como que se contentó con agarrarme a mí. Lo maluco de esto es que a veces se encuentra uno con los antiguos compañeros y para cobrar es un lío, pero también bebemos y recordamos y me les conozco la vida, todos los chismes. Será porque la cámara los pone nerviosos y los hace meter la pata. A Londoñito le grabé el diploma de economista y la cantidad de locas que le tocó invitar a la mamá a la reunión; esa señora estaba que se moría. Hasta los meseros botaban la reversa, creo yo. Después casi que no encuentra palabras para explicarme que editara el material para que la cosa no se notara tanto. Y también estuve en el matrimonio de Jota Herrera con una ex-reina a la que se le veía la bobada desde lejos, sin necesidad de zoom ni de nada aunque súper, eso sí, un cuerpazo, uuyyy, y el Jota calvito pero todavía con buena estampa, gerente de esa compañía constructora que quebró hace como un año. Y le tocó perderse al man. Al que veo a veces es al papá, un viejo con una cara de angustia bárbara, como la del papá de Claudinés que nunca se recuperó de lo tan horrible que le hicimos. Pobre don Venancio, con hermano misionero y todo, y salirle puta la hija. Por lo menos me prestó para comprar esta camarita antes de morirse y ahí verán los cuñados cómo me sacan la plata porque si Álvaro me sigue llevando a cuanto pueblo hay a que le grabe el discursito y me siente después a ver cómo le embuten viejas con la esperanza de que alguna lo agarre, no voy a tener ni para pagarles el arriendo. Y cuando bebe es un hijueputa; joda con que cómo fue que caí tan fácil y me soba la cara y toca aguantarse sabiendo que el que va a quedar llevado soy yo: él para el senado, a gozarla y ganar duro, y yo me quedo con la cámara acabada de tanto andar y ya. Y este trabajo es muy inseguro: la gente a veces paga y a veces no, o se demoran siglos. Una vez le grabé una fiesta a los de la oficina de abogados de Carlos Mario Duque y terminaron

dándome lo que les dio la gana y eso como si me estuvieran haciendo una caridad. Güevones; para gastarse la plata en coca y viejas y después salir en el periódico, miembros de tal junta o de la otra, en almuerzos con yo no sé quién importantísimo, los dueños del pueblo. Con el que sí me fue bien fue con Fercho Ospina. Me contrató para la primera comunión de la hijita y salí de su casa con torta, botella de champaña y mitad del mercado. Y la amabilidad de la señora, una morena espectacular que se ve que lo quiere y lo respeta, no como Claudinés que ahí callada debe pensar lo peor de mí, por algo sus hermanos me detestan. Lo que pasa es que la plata ayuda, aunque yo no estoy tan jodido, tampoco, hasta me defiendo porque la he luchado y la lucho, pero a veces me canso de todo esto, de seguir y seguir en las mismas. Uno todo el tiempo en stand by, listo para lo bueno, para lo mejor, y nada, la misma vida. Qué bueno poder cambiar, una suerte como la del profe Rivas que se fue con todo, o por lo menos salir de responsabilidades, quitarme de encima tanta joda. Algo como un milagro. Que este bus se accidente y al lado mío vaya un narco con harta plata en el maletín y los únicos que nos salvemos seamos el maletín y yo. Algo en un río, que puedan pensar que el cadáver se perdió. Yo caigo al borde del barranco y el maletín se abre lleno de dólares, ahí, en primer plano, y yo me doy cuenta de que es mi oportunidad y corro como nunca, a cualquier lado. Mientras, mi foto en la lista de desaparecidos y Claudinés llorando en los noticieros, con lo feo que registra, y yo libre, fresco de la vida y con plata. Pero no me voy a contentar con eso, ebriamente. Lo primero que hago es irme de este país pero ya, por el hueco, por donde sea, para los United States, y me instalo en Hollywood. Busco trabajo en el cine, de lo que sea, de cualquier cosa, aunque sea de barrendero, porque yo tengo buen ojo y buen pulso y en cuanto me den la oportunidad muestro que soy el camarógrafo que necesitan, el que han estado buscando, súper. Estudio, hago lo que quieran, pero llego. Todos van a hablar de que yo sí sé captar los colores, de que mi memoria es un depósito inagotable de imágenes hermosas. Y ahí sí a filmar, no a grabar: puro cine en treinta y cinco milímetros y en setenta. Que Spielberg me quiera al lado suyo y las actrices famosas digan que yo sí les cojo el mejor lado y las hago ver

más bonitas. Fiestas, cocteles, viejas, viajes: New York, París, Londres, Australia, Hawaii, las islas griegas. Y progresar: apartamentos, yates, Roll Royce, Ferraris, todo súper. Y entrevistas, siempre exigiré que las entrevistas me las hagan mujeres muy bonitas o escritores famosos, maravilloso, wonderful. Hasta que alguien me reconozca en una foto, puede ser en *Playboy*, al lado de las conejitas, y que se sepa que soy yo, que no morí en el accidente y ahora soy un hombre rico y famoso. Zaz, un escándalo bárbaro, "García Márquez del cine es un farsante", "Falso montaje de un camarógrafo genial", cosas así en todos los periódicos del mundo y los corresponsales de los noticieros persiguiéndome, intentando zafarse de mis guardaespaldas, pidiendo a mi jefe de prensa que diga algo más. Y yo en mi mansión, intocable como Michael Jackson, un príncipe, desnudo en la piscina con una modelo en cada mano y rodeado de sirvientes con envidia, no más tragando saliva. Me encantará ver el rostro acabado de Claudinés, furiosa en la televisión por mi engaño, con la rabia saliéndosele por todos los poros y ya sin ser capaz de parecer resignada, de hacer creer al mundo entero que es una buena mujer que soporta callada. Que se vea que todo su silencio no ha sido más que una máscara para tenerme al lado, para que digan que es una pobre mujer mal casada, una víctima mía, ja, me río de Janeiro; una santa, pero por dentro yo sé que está el rencor, seguro, mucho rencor, no más está esperando la oportunidad para ver cómo se desquita de mí, pero nada, que no crea. Y que entrevisten a todos estos güevones ahí sí, seguro que Álvaro se vendrá con algo como "Ciertamente fui testigo de sus comienzos en la época en la que yo me iniciaba en política y lo apoyaba desde las posiciones administrativas a las que me ha llevado el voto popular", muy sonriente y seguro, para después decir que desde que llegó al Congreso está intentando por todos los medios que se apruebe un estatuto que apoye a la industria cinematográfica nacional. Ja. Será divertido verlos en ésas, todos bregando a ser famosos a costa mía. De pronto a Buitrago le diría que hiciéramos algo bonito, que buscáramos al profe Rivas y nos entrevistara a los dos. Me acuerdo que al profe le encantaba contar que él fue de muchacho el rey de los carros de balineras, que era imposible ganarle después de que agarraba el descenso. Podíamos filmar un corto

bien bonito. Ya me imagino gritando acción en un pueblito mejicano o italiano, una buena falda y la grúa para arriba lentamente mientras los carros de balineras bajan cada vez más rápido y el actor que hace el papel del profe siempre en la punta, peleándose la carrera con un muchacho mayor, casi un hombre; todo muy colorido pero con un poquito de neblina. Y mi papá aplaudiendo desde la calle y mi mamá sonriendo en la ventana, Meryl Streep, ésa sí no la rebajo aunque se vuele el presupuesto, y yo pequeño, yacon una mirada que lo penetra todo, guardando la escena en la memoria, y una música de ésas que hacen llorar, una banda sonora que lo vaya emocionando a uno, puros violines. Maravilloso, wonderful, pero no se puede hacer con Buitrago porque en cualquiera de sus arranques de sinceridad la caga. Mejor una periodista gringa de ésas que sesientan no más a mostrar piernas y dientes con la excusa de encontrarle a uno el lado humano, cosa que yo quede como un príncipe, y ahí sí, ahí sí acepto la invitación para volver a Colombia y hacer cine. Recepción en el palacio presidencial y todo, condecoraciones. Cuando eso ya mis abogados habrán arreglado lo de la disolución matrimonial o anulación o lo que sea, al fin y al cabo a mí me casaron de alegría, cura hijueputa, como motilando a un bobo de afán. Libre no más con tirarle unos pesos a los políticos y a los curas, con darle migajas a Claudinés como las que ella me da cuando estoy vaciado, y con pagarle a los hijueputas de sus hermanos la miseria que tanto me reclaman. Ahí sí que haga la cagada Buitrago, un reportaje sobre la pobre mujer, sobre su tristeza de abandonada mientras yo me paseo por el mundo alternando con reyes y ministros, acostándome con estrellas de cine y modelos famosas. Y me gustará ese reportaje, estoy seguro, será como la confirmación de mi triunfo, de mi venganza. Ya me la imagino toda llorosa diciendo que a ella lo que le ha importado siempre es mi amor. Mi amor. Una metida de pata, cuál amor. Ahí sí quiero volver aquí, cuando todos me respeten o por lo menos se hagan los que me respetan. Cuando Claudinés y todo lo que ella significa no me toque. Ya me veo acompañando a Álvaro, aconsejándolo para lo de la imagen a ver si llega a la presidencia, que eso es lo que quiere, o con el güevón de Carlos Mario feliz de saludarme, seguro de que conmigo sí va a subir lo que nunca pudo,

hasta donde están esas niñas lindas, lindísimas, que uno sólo ve pasar en carros lujosos o el día de las elecciones, ésas de la educación en Europa o por lo menos en la Argentina, ésas que se drogaban para jugar al comunismo y mantenían tan en las nubes que hasta una por ahí terminó en la guerrilla. Porque yo sí seré alguien y querrán sacármelo todo, colgarse de mi prestigio. A los curas del colegio les regalo unas camaritas de video y unos cursos para que les enseñen a los muchachos a ser como yo y hasta el arzobispo me va a dar las gracias y me invitará a su casa. Porque yo podré entrar a todas partes, a los clubes, a las haciendas, pero no como ahora, cargando equipos y con escarapela, no a trabajar que eso es como si uno no existiera, como si la cámara fuera todo. No. Hasta los más high life van a estar pendientes de mí, yo voy a ser el del homenaje, el invitado, las cámaras van a estar enfocándome a mí, y cuando pase por la calle, cuando esté parado en la Plaza de Bolívar rodeado por todos, por todos los que de verdad cuentan, ebriamente, me van a mirar a mí y no al pobre güevón que no ven ahora, no. Me van a mirar a mí, y lo van a hacer con respeto.

Apócrifo

Apenas jadeando, aceleró el ritmo un minuto y después se quedó muy quieto; salió de su vagina con la misma gentileza con la que había entrado. María siguió con los ojos cerrados unos instantes: pese a su juventud, no era frecuente que tuviera un orgasmo con uno de los clientes. Quizá por ello sintió pudor y se subió la manta hasta el cuello; notó que él hizo lo mismo.

—Disculpe mi torpeza, hacía mucho tiempo que no... –susurró la voz cansada y hermosa–: No lo hacía desde antes de mi matrimonio.

—¿Y hace cuanto se casó?

—Nuestro hijo tiene once años.

—Es usted muy paciente –contestó. Sentía los muslos muy húmedos.

—Es que mi esposa está dedicada a él. El niño es muy especial, un milagro de Dios.

—Sí, debe serlo.

—Usted no lo entendería, nadie lo entiende. Es un asunto de fe.

—Y la fe mueve montañas –respondió ella sin cortesía.

—No es usted muy religiosa.

—Soy prostituta, ¿no lo ha notado?

Era un hombre vigoroso aún y disfrutó mirarlo, tocarlo; además sus manos intuían cómo trabajar el cuerpo de una mujer. Lástima que perturbara el momento hablando de su esposa y su maravilloso hijo.

—Vístase; otros clientes esperan –exigió, dándole la espalda.

Al salir, sobre la mesa en la que descansaba el cántaro de agua, José dejó a María Magdalena unas monedas más de las acordadas.

La muerte de Dioselina

Julio conocía la enfermedad que de a poquitos acababa con la eterna sirvienta de la familia, sin embargo, aquella tarde, cuando volvió arrastrando el carro de balineras, la noticia de su muerte lo sorprendió:

—Era algo que se esperaba –dijo el abuelo–, le falló el corazón... Es mejor que se arregle y baje rapidito.

Los llantos y padrenuestros de la abuela se oían mientras subía al cuarto y se oirían durante mucho tiempo más, y no sólo los de ella: fueron tantos los asistentes al velorio que el abuelo afirmaba haber visto gente hasta con tres ojos y todos tan conmovidos que al final nadie supo decir de quién era el muerto. Es que en el vecindario querían muchísimo a Diose porque hablaba de esas cosas que le interesan a uno y nunca negaba un favor. ¿Cómo fallarle en su última noche sobre la tierra?

En la sala no cabía un alma: unos rezaban, otros tomaban café, las mujeres hacían sánduches para la madrugada y los más compungidos se servían otro aguardiente en memoria de la difunta. El cura decidió hablarle al Julio de la resurrección de la carne y de otros asunticos de la carne que ya era hora se comentaran en vista de lo crecido y lo buen mozo que estaba. Hubo de todo, ¡y ni hablar del entierro!, con decir que hasta tío Rodrigo apareció y eso que tener harta plata lo eximía de tales obligaciones.

Pero el cariño se fue gastando con el novenario y la asistencia se redujo a Julio rascándose porque le picaba el pantalón de paño y a los hinchas de la misa cotidiana. ¡Qué vacaciones! Y cuando el noveno podéis ir en paz parecía anunciar el fin del vía crucis, apenas se iniciaba

la pasión. Todo el mundo entendía que la abuela ya no era capaz de hacer los oficios caseros sola, pero ella insistió y las consecuencias no se hicieron esperar: al poco tiempo el abuelo, que nunca entraba a la cocina porque ese no es sitio para hombres, resolvió no entrar ni al comedor porque esas cosas que nos da su abuela no saben a nada. Dichoso él:

—Usted, Julio, se come todo sin decir ni mu. ¡Y no ponga esa cara que no es pa'tanto!

No era para menos; la casa andaba patas arriba y la hubieran declarado zona de desastre nacional si no interviene tío Rodrigo. Fue un día dizque a almorzar y a ver cómo estábamos. Cómo estábamos comiendo fue lo que supo no más pasó el primer bocado y consciente de la urgencia volvió al otro día a hora no gastronómica, un tintico no más, viejita, y prometió que en máximo veinticuatro horas traía quien ayudara en la casa.

Esa noche el rosario fue divertidísimo; nada de misterios gozosos, gloriosos y dolorosos, puros misterios domesticosos: Dios te salve María yo no necesito muchacha, y Santa María madre es mejor que alguien le ayude, y Dios te salve menos una que traiga Rodrigo, y Santa María no es amiga de él, si apenas sale del pueblo, y Dios te apuesto a que es otra de sus vagamundas, y Santa la consiguió con el cura, y Dios no me importa, no me gusta, y pues si viene se queda, amén.

Tío Rodrigo cumplió y por la tarde llegó con Martica. La recomendaba el párroco de su pueblo como muy seria y trabajadora, y luego relataba las tristes circunstancias que obligaban a emplearse a una niña tan dotada para el estudio. Encarecía se le diera la oportunidad de mejorar su nivel de instrucción y eso sí, confío que en un hogar tan católico no se abandonará el cuidado de un alma noble y devota. Esta carta no le bastó a la abuela y acometió un severo interrogatorio porque usted comprenderá señorita que no puede uno abrirle la puerta de la casa a cualquiera, y ahí perdona. Al rato, casi satisfecha, la llevó a conocer la casa mientras le enumeraba sus deberes. Terminaron por la cocina y el cuarto del servicio, donde Martica se quedó instalándose. Tío Rodrigo se paró:

—Listo viejita, me voy. Lo del sueldo ya lo cuadré con su familia, yo

invito. Nos vemos el domingo.

Siempre decía lo mismo y el lunes o martes llegaba bronceadísimo y con una cara de satisfacción que no se ve ni en los comerciales de televisión:

—Le traje naranjas, viejita. Estaban baratísimas, ahí, al borde de la carretera. A huevo la docena. Agarre Julio... Y qué, ¿cómo van con Martica?

—Una joya mijo, no sé qué haríamos sin ella. Si a veces le digo que no se mate. Es que es tan trabajadora.

El abuelo asintió satisfecho. No era sino mirar: pisos brillantes, paredes limpias, plantas reverdecidas, cada cosa en su sitio y sin rastro de polvo; el orden, el amado orden retornaba al hogar. Y la comida: ¡inmejorable! ¡Qué sazón! Tío Rodrigo no podía creer que lo que había comido toda la vida pudiera ser tan sabroso, si son las papas de siempre y la misma carne. Esta muchacha es una artista.

Julio no se acostumbraba a la situación. Desde la muerte de sus padres, Dioselina lo había cuidado como a un hijo propio y si bien nunca pudo quererla del todo, conservaba un no sé qué de profunda fidelidad. ¿Qué importaban ahora sus regaños? Ella había sido como su madre durante muchos años y no pensaba olvidarla tan fácilmente. Además, las vacaciones se acababan y cada instante lo dedicaba al fútbol y al carro de balineras. Sólo se fijó en Martica y en su rostro de ardillita de película de Walt Disney, cuando volvió al colegio.

Fue don Floro quien propició el acercamiento que ya el lector adivinó se presentaría. Era el profesor de biología y si no fuera por la neumonía, las bacterias, jovencitos, aunque no crean nadamos en un mar de bacterias, aún ejercería el magisterio. El hecho es que apenas reinició el curso se le ocurrió llevar la clasificación taxonómica a unas carteleras y entre los agraciados con el encargo estuvo Julio.

Para realizar tan delicada labor no servía su escritorio por pequeño ni la mesa del comedor por grande y porque debía permanecer inmaculada a la espera de visitas. El sitio preciso era la mesa pequeña que se usaba para planchar y allí trasladó reglas, marcadores, lápices y borradores. Ella no pareció inquietarse por la invasión de sus terrenos; siguió ocupada en sus cosas y cuando Julio le pedía ayuda, se la

brindaba. Pero había recelo y temor; apenas él entraba, la pobre apagaba el radio privándose de su diversión preferida, las radionovelas. Un día no aguantó más y le preguntó con la cabeza baja si le molestaba que lo dejara prendido.

—No.

Tan monosilábica respuesta los acercó para siempre. Cada tarde compartían la lucha de Carlos Altolaguirre y Lucerito Silvero contra las maquinaciones de René Rivadero y Susy Larraguibel para acabar con su amor. Acompañaban a la pareja en sus paseos por Katay, la hacienda que el banco del tío de Rivadero quería arrebatar al apuesto Altolaguirre que con calma filosófica acariciaba su galgo afgano: reino animal, subreino metazoa, tipo cordado, subtipo vertebrado, clase mamífero, subclase terio, sección euterio, orden carnívoro, suborden fisípedo, familia cánido; en resumen, un perro flaco y mechudo. Luego venía Cinthia Villalonga, la gerente del BKQD, a su vez enamorada del Rayo Escarlata, viajero de Aldebarán con poderes telequinéticos y vestido rojo que en sus ratos libres vendía lotería para ganarse la vida. Pobrecito, es que por allá no existe el dinero, ¡son tan perfectos!

Aquellas voces aterciopeladas de clases, géneros y familias diversas, llenaban sus imaginaciones de lugares y personas, de sentimientos. Y de sobremesa la música, los temas de hoy y de siempre en versión de los ídolos que ustedes, amables oyentes, consagran con sus llamadas, y que transmitimos para satisfacer sus exquisitos gustos. Las ondas hertzianas habían logrado, por fin, la comunicación.

Julio siguió haciendo allí sus tareas y escuchando las aventuras de los héroes radiales. También oía los partidos de fútbol y le hablaba a Martica de la zurda prodigiosa del Pibe Cesti, la mejor importación del año, según él. En voz baja seguían las canciones románticas del momento o ella le contó sobre su pueblo, su familia, las ganas de superarse, mientras arreglaba la cocina y planchaba. Compartían en secreto las penurias académicas de Julio y las económicas de Martica, encontrándoles siempre soluciones improbables. Después del rosario veían juntos televisión y una desazón gemela los embargaba cuando el detective o el pistolero de turno besaba a la rubia desfalleciente de amor.

Por la época en que Martica cumplía los tres meses de permanencia llegó una carta de los Estados Unidos: tía María. Doce años atrás, cuando Julio aún tomaba tetero, se había ido para tratarse un cáncer y ni se había muerto ni había regresado. Ahora anunciaba visita y la abuela con los ojos encharcados de la alegría daba gracias a Dios y a las benditas almas del purgatorio por el retorno de su hermana, mientras llamaba al tío Rodrigo.

—Y ¿cuándo viene?

—Pues nos vamos pa'la finca el fin de semana. Matamos marrano y todo.

—No hay problema. La esposa del agregado arregla la cosa y Martica se queda cuidando la casa.

—Listo pues, invite a las primas y al cura y no se le olvide el bikini.

—Eh, pero con usted si no se puede charlar.

—Oiga, entonces así quedamos... Bueno, hablamos, chao.

La organización del recibimiento se convirtió en tarea prioritaria. Después de concienzudos análisis se llegó a la conclusión de que los años no pasan en vano, y convencidos de ello decidieron llevar a la tía de una vez a la finca para que disfrutara al máximo del campo, que tanto le gustaba desde chiquita. Tío Rodrigo encargó al agregado de recoger a la familia y llevarla al aeropuerto y después a la finca.

—Yo vendo un ganado y les caigo.

¿Y Martica sola en la casa?, pensaba Julio. ¿Y su propia soledad rodeado de vacas y sin Martica? Y si...

—Yo no puedo ir, abuela. Don Flor puso para el lunes una investigación sobre las teorías de Darwin.

—¡Cómo! Pero ese señor no trabaja nada, todo lo hacen ustedes.

—Así es ahora, abuela.

—Pues yo no sé, hable con él, haga lo que sea, pero usted tiene que estar en la finca con María, ¿me entendió?

La tenacidad de Julio suplantando a Don Floro pudo poco en el forcejeo con la abuela y en últimas logró que lo dejaran irse por la tarde con tío Rodrigo; pasaría una mañana solo con Martica. Por su mente rondaba la escena del beso final de Carlos y Lucerito: el viento, los árboles arropándolos, la voz sugerente en el te quiero varonil y la

silenciosa entrega labial. Todo podría ser así en ese sábado que de tanto acercarse, llegó.

Antes de la siete estaba al frente la camioneta tan limpia como no se había visto nunca y el agregado sonriente, peinado, con el arco iris en la corbata y un vestido de bolsillos gigantes. Los abuelos ya estaban listos y después de saludarlo y preguntarle por la familia y por la gallinas, ocuparon sus puestos. La abuela llamó a Julio y le advirtió que estuviera de vuelta de la biblioteca al mediodía. Y se fueron.

Julio pensó en entrar corriendo a contarle a Martica lo que había hecho para estar con ella, pero se contuvo. Tenía miedo de que no lo aprobara, que lo contara después, o lo peor, que no le gustara. Decidió caminar un rato por el barrio; el regocijo lo estremecía cuando la imagen de Martica le sonreía: la quería, seguro que la quería.

La cerradura cedió con un sonido escandaloso y nuevo. Silencio, nadie en el vestíbulo; se aceleraba el corazón a cada paso y las manos se humedecían y el pecho se paralizaba y bailaba la cabeza y molestaba el cuello de la camisa y la frente sudaba y moría el estómago de angustia y... allí estaban ellos. La puerta entreabierta y sus cuerpos desnudos buscándose, ansiosas las bocas, desordenados los cabellos, febriles los músculos; ojos cerrados, un mismo deseo, un solo movimiento continuo, placer, rencor, éxtasis, decepción, placidez, tristeza, dolor.

Se sentó en la sala. El tiempo se detuvo hasta que tío Rodrigo salió arreglándose la camisa. Freno, en seco al verlo.

—¿Hace mucho estás aquí?

—Acabé de llegar –dijo, levantando la cabeza. Una mirada de comprensión atravesó ambas pupilas.

—Si quieres nos vamos de una vez.

—Como usted quiera, tío.

Caminaron silenciosos, erguidos sus hombros a la misma altura. Tío Rodrigo se detuvo frente a una cafetería.

—Espera; tomemos una cerveza.

—Como usted quiera, tío.

La espuma resbalaba indecisa, el líquido congelaba las palabras en la garganta. Julio disfrutó por primera vez la caricia amarga de la cerveza.

Leer los cuentos de Octavio Escobar es entrar a un territorio fantástico donde todo se parece al mundo real. Los personajes hablan como la gente de hoy y viven situaciones que contienen la marca indeleble de nuestra época. Tal vez esta sea una clave para entender las razones del encanto que producen sus historias. Parecen tan reales como lo que vemos en los sueños profundos de los que nunca quisiéramos despertar y, cuando abrimos los ojos, queda en el alma la sensación de haber vivido intensamente la vida de los otros. Octavio Escobar es sin duda uno de los mejores narradores de Colombia.

Juan Diego Mejía
Director de la colección

